PAPINI

El espejo que huye

La Biblioteca de Babel

colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges

BAJAEPUB

Sospecho que Papini ha sido inmerecidamente olvidado.

Los cuentos de este libro proceden de una fecha en que el hombre se reclinaba en su melancolía y en sus crepúsculos, pero la melancolía y los crepúsculos no han cesado aunque ahora el arte los vista con disfraces distintos.

Jorge Luis Borges

Giovanni Papini

El espejo que huye

La Biblioteca de Babel - 5

ePub r1.0
orhi 10.11.14

Títulos originales: *Due immagini in una vasca*
Storia completamente assurda
Una morte mentale
L'ultima visita del Gentiluomo Malato
Non voglio più essere quello che sono
Chi sei?
Il mendicante di anime
Il suicida sostituto
Lo specchio che fugge
Il giorno non restituito
Giovanni Papini, 1906
Traducción: Horacio Armani

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en bajaepub.com

Prólogo

No sin justificada timidez un mero argentino, un vástago remoto de Roma, se atreve a prologar un libro de Gian Falco —bajo ese nombre lo conocí— para lectores italianos. Yo tendría once o doce años cuando leí, en un barrio suburbano de Buenos Aires, "Lo trágico cotidiano" *y* "El piloto ciego", *en una mala traducción española, A esa edad se goza con la lectura, se goza y no se juzga. Stevenson y Salgari, Eduardo Gutiérrez y* Las mil y una noches *son formas de felicidad, no objetos de juicio. No se piensa siquiera en comparar; nos basta con el goce. Leí a Papini y lo olvidé. Sin sospecharlo, obré del modo más sagaz; el olvido bien puede ser una forma profunda de la memoria. Sea lo que fuere, quiero referir una experiencia personal. Ahora, al releer aquellas páginas tan remotas, descubro en ellas, agradecido y atónito, fábulas que he creído inventar y que he reelaborado a mi modo en otros puntos del espacio y del tiempo. Más importante aún ha sido descubrir el idéntico ambiente de mis ficciones. Años después, abordé sin mayor fortuna la* Historia de Cristo, Gog *y el libro sobre Dante, volúmenes compuestos, cabe sospechar, para ser* bestsellers.

A semejanza de Poe, que sin duda fue uno de sus maestros, Giovanni Papini no quiere que sus relatos fantásticos parezcan reales. Desde el principio el lector siente la irrealidad del ámbito de cada uno. He mencionado a Poe; podríamos agregar que esa tradición es la de los románticos alemanes y la de Las mil y una noches. *Esa convicción de irrealidad corresponde asimismo a lo que sabemos de su destino, al que siempre acechó la pesadilla, que inexorablemente lo cercó en los años finales. Despojado de casi todos los sentidos por un extraño mal, dictó sus últimas* Schegge *a su nieta Ana Paszkowski cuando ya sólo la razón le quedaba.*

"Due immagini in una vasca" renueva la leyenda del doble, que para los hebreos significaba el encuentro con Dios y para los escoceses la cercanía de la muerte. Ninguno de estos caminos es el que Papini siguió; prefirió vincularlo a lo constante y a lo mutable del yo de Heráclito. La presencia del agua muerta y el antiguo y abandonado jardín cubierto de hojas secas crean un tercer personaje, que gravita sobre los otros dos, que siendo dos son uno.

"Storia completamente assurda" es desleal a su título; un hombre que asombrosamente recupera todo lo que debemos olvidar para seguir viviendo correría lo suerte de su héroe.

"Una morte mentale" expone un método personal de suicidio; no es difícil adivinar que este dramático relato es la apenas vedada confidencia de un plan que el escritor pudo haber acariciado en etapas de abatimiento y soledad.

"L'ultima visita del Gentiluomo Malato" presenta de un modo íntimo, nuevo y triste la secular sospecha de que el mundo —y en el mundo, nosotros— no es otra cosa que los sueños de un soñador secreto.

"Non voglio più essere quello che sono" es la expresión perfecta de un anhelo que han sentido todos los hombres y que nadie, que yo sepa, había escrito.

"Chi sei?" refiere el descubrimiento atroz de que no somos nadie, fuera de nuestras circunstancias y de la certidumbre ilusoria que nos dan los otros, que también son nadie.

Otro descubrimiento, el de ese anónimo y genérico ser que es el hombre común nos espera en "Il mendicante di anime".

"Il suicida sostituto" narra el inútil sacrificio de un hombre, que a los treinta y tres años, voluntariamente, muere por otro; el relato deja presentir la aún lejana Historia de Cristo.

Dos ideas se unen en "Lo specchio che fugge": la del tiempo que se detiene y la de nuestra vida pensada como una insatisfecha e infinita serie de vísperas.

"Il giorno non restituito" es otro juego con el tiempo, un juego nostálgico y angustioso, como todos los de Papini.

Podríamos reprochar a Papini el hecho de que sus personajes no viven fuera de la ficción que sucesivamente animan. Esto es otra manera de decir que nuestro escritor fue incurablemente un poeta y que sus héroes, bajo múltiples nombres, son proyecciones de su yo.

Sospecho que Papini ha sido inmerecidamente olvidado. Los cuentos de este libro proceden de una fecha en que el hombre se reclinaba en su melancolía y en sus crepúsculos, pero la melancolía y los crepúsculos no han cesado aunque ahora el arte los vista con disfraces distintos.

Jorge Luis Borges

Dos imágenes en un estanque

¿Sólo para volver a ver mi rostro en un estanque muerto, lleno de hojas muertas, en un jardín estéril, me detuve después de tanto tiempo en la pequeña capital? Cuando me aproximaba a ella no pensaba tener otro motivo que éste.

Regresando del mar y de las grandes ciudades de la costa, sentía el deseo de las cosas ocultas, de las calles estrechas, de los muros silenciosos y un poco ennegrecidos por las lluvias. Estaba seguro de hallar todo eso en la pequeña capital, en la ciudad donde había estudiado durante cinco años, con maestros de clásicas barbas blancas, las ciencias más germánicas y más fantásticas.

Recordaba a menudo la querida ciudad, tan sola en medio de la llanura, como una exiliada (he pensado siempre que existen también ciudades desterradas de su propia patria), sin río, sin torres ni campanarios, casi sin árboles, pero totalmente quieta y resignada en tomo al gran palacio rococó, en el que charla y duerme la corte. En las calles, a cada cien pasos, hay un pozo y junto al pozo una fuente y sobre cada fuente un guerrero de terracota, pintado de azul y rojo pálido.

Recordaba también la casa en que viví durante los años de mi aprendizaje científico. Mis ventanas no se abrían sobre la plaza sino sobre un gran jardín, cerrado entre las casas, donde había, en un rincón, un estanque rodeado por rocas artificiales. A nadie le importaba el jardín: el viejo señor había muerto y la hija, aburrida y devota, consideraba a los árboles como herejes y a las flores como vanidosas. También el estanque había muerto por su culpa. Ningún chorro brotaba ya de su seno. El agua parecía tan cansada e inmóvil como si fuese la misma desde hacía una cantidad enorme de años. Por lo demás, las hojas de los árboles la cubrían casi enteramente e incluso las hojas parecían haber caído allí en otoños míticamente lejanos.

Este jardín fue el sitio de mis alegrías mientras viví en la pequeña capital. Tenía la libertad de poder visitarlo cada hora y cuando los maestros no me llamaban me sentaba con algún libro junto al estanque, y cuando estaba cansado de leer o la luz menguaba, intentaba mirar mis ojos reflejados en el agua o contaba las viejas hojas y seguía con estática ansiedad sus lentos viajes bajo el hálito desigual del viento. Alguna vez las hojas se apartaban o se reunían todas en el fondo y entonces veía en el agua mi rostro y lo contemplaba tan largamente que me parecía no existir más por mí mismo, con mi cuerpo, sino ser solamente una imagen fijada en el estanque por la eternidad.

Fue por eso que corrí inmediatamente al jardín, apenas llegué a la pequeña capital. Habían pasado muchos años, pero la ciudad se mantenía igual. Por las mismas calles estrechas pasaban las mismas mujeres enanas y amarillentas, de cofias ajadas, y los guerreros de terracota, inútiles y ridículos, se apoyaban en el puño de las espadas sobre las habituales fuentes.

Y también el jardín estaba tal como yo lo había dejado, también el estanque estaba como yo lo vi por última vez, antes de regresar a mi patria.

Alguna mata de más en los canteros, algunas hojas más en el estanque y todo el resto como antaño. Quise entonces volver a ver mi cara en el agua y me di cuenta de que era diferente, muy diferente de aquella que tan lúcidamente recordaba. El encanto de este estanque, de este sitio, volvió a apoderarse de mí. Me senté sobre una de las rocas artificiales y con la mano moví las hojas muertas para formar un espejo más grande a mi rostro palidecido y transfigurado.

Permanecí algunos minutos mirando mi imagen y pensando en las leyes del tiempo, cuando vi dibujarse en el agua otra imagen junto a la mía. Me volví bruscamente: un hombre se había sentado a mi lado y se reflejaba junto a mí en el estanque. Lo miré sorprendido —volví a mirarlo y me pareció que se me asemejaba un poco. Dirigí de nuevo los ojos al estanque y contemplé otra vez su imagen reflejada sobre el fondo sombrío. Al instante comprendí la verdad: *¡su imagen se parecía perfectamente a la que yo reflejaba siete años antes!*

En otro tiempo, quizás, aquello me hubiera espantado y seguramente habría gritado como quien se halla preso en el círculo de alguna invencible obsesión. Pero yo sabía ahora que solamente lo imposible se vuelve real algunas veces y, por lo tanto, no sentí el menor asomo de terror. Tendí la mano al hombre, que me la estrechó, y le dije:

—Sé que tú eres yo mismo, un yo que pasó hace mucho, un yo que creía muerto pero que vuelvo a ver aquí, tal como lo dejé, sin cambio visible. Y no sé, oh mi yo pasado, qué deseas de mi yo presente, pero sea lo que fuere no sabré negártelo.

El hombre me miró con cierto estupor, como si me viera por primera vez, y respondió después de unos instantes de vacilación:

"Quisiera estar un poco contigo. Cuando tú creíste partir definitivamente yo permanecí aquí, en esta ciudad donde no pasa el tiempo, sin moverme, sin hacer nada, esperándote. Sabía que regresarías. Habías dejado la parte más sutil de tu alma en el agua de este estanque y de esta alma yo he vivido hasta hoy. Pero ahora quisiera unirme nuevamente a ti, permanecer estrechado a ti, viviendo contigo, escuchando de ti el relato de tus vidas de todos estos años. Yo soy como tú eras entonces y no conozco de ti más que lo que tú conocías entonces. Comprende mi ansiedad de saber y de escuchar. Hazme de nuevo tu compañero hasta que partas una vez más de esta ciudad exiliada del mundo y del tiempo."

Asentí con la cabeza y salimos del jardín tomados de la mano, como dos hermanos.

Comenzó entonces para mí uno de los períodos más singulares de mi vida, esta vida mía tan diferente ya de la de otros hombres. Viví conmigo mismo —con mi yo transcurrido— algunos días de imprevista alegría. Mis dos *yo* caminaban por las calles mal empedradas, en medio del silencio que reinaba desde hacía tanto tiempo en la pequeña capital —¡un silencio que databa del siglo decimoctavo!— y conversaban incesantemente tratando de recordar las cosas que vieron, los hombres que conocieron, los sentimientos que los agitaron, los sueños que dejaron un amargo sabor en sus espíritus.

Las dos almas —la antigua y la nueva— buscaron juntas la universalidad, silenciosa y sepulcral como un monasterio montañés —recorrieron el jardín a la francesa, detrás del palacio rococó, donde las estatuas, mutiladas y ennegrecidas, no concedían más de una mirada a las alamedas infinitas— y se aventuraron hasta el *Liliensee*, una charca mal excavada que por decreto de los viejos príncipes había llegado a obtener el nombre de lago. ¡No puedo recordar aquellos días de paseos y de confidencias sin que desfallezca por un instante mi corazón! Pero luego de las primeras horas de efusión, después de los primeros días de evocaciones, comencé a sentir un tedio inenarrable al escuchar a mi compañero. Ciertas ingenuidades, ciertas brutalidades, ciertos modos grotescos que continuamente exhibía, me desagradaban. Me percaté, además, al hablar extensamente con él, de que estaba lleno de ideas ridículas, de teorías ya muertas, de entusiasmos provincianos hacia cosas y

seres que yo ni siquiera recordaba. Confiaba en ciertas palabras, se conmovía con ciertos versos, se exaltaba ante ciertos espectáculos que a mí, en cambio, me inspiraban muecas o sonrisas. Su cabeza estaba llena todavía de ese romanticismo genérico, desproporcionado, hecho de cabelleras desmelenadas, de montañas malditas, de bosques tenebrosos, de tempestades y de batallas con redoblar de truenos y tambores, y su corazón se deshacía en aquel *pathos* germánico (flores azules, luna entre nubes, tumbas de castas novias, cabalgatas nocturnas, etcétera), del cual vivían los esmirriados petimetres melancólicos y las señoritas rubias un poco obesas.

Su ingenuo orgullo, su inexperiencia del mundo, su ignorancia profunda de los secretos de la vida, que al principio me divertían, terminaron por cansarme, por suscitar en mí una especie de compasión despreciativa que poco a poco llegó a la repugnancia.

Durante algunos días aún supe resistir mi deseo de insultarlo o de huir, pero una mañana, luego de que hubo declamado con gran énfasis un *lied* estúpidamente conmovedor, sentí que mi desprecio iba transformándose en odio.

"Y sin embargo —pensé—, yo mismo he sido en otra época este hombre del que me burlo, este joven ridículo e ignorante. Él es todavía, de alguna manera, yo mismo. Durante estos largos años yo he vivido, he visto, he adivinado, he pensado y él ha permanecido aquí, en soledad, intacto, perfectamente igual a ese que era yo el día en que dejé estos lugares. Ahora mi yo presente desprecia a mi yo pasado; y sin embargo en ese tiempo yo creía, más que hoy todavía, ser el hombre superior, el ser alto y noble, el sabio universal, el genio expectante. Y recuerdo que entonces despreciaba a mi yo pasado, mi pequeño yo de niño ignorante y sin refinamiento todavía. Ahora desprecio a aquel que despreciaba. Y todos estos menospreciadores y menospreciados han tenido el mismo nombre, han habitado el mismo cuerpo, se presentaron ante los hombres como un solo ser vivo. Después de mi yo presente, se formará otro que juzgará a mi alma de hoy tal como yo juzgo hoy a la de ayer. ¿Quién tendrá piedad de mí si yo no la tengo para mí mismo?"

Mientras yo pensaba esto, el yo antiguo me hablaba y declamaba. Yo no tenía nada ya para decirle y callaba; él no tenía nada más para decirme, pero, en vez de callar, fabricaba frases y recitaba poesías horriblemente extensas. ¿Qué había ahora de común entre nosotros? Habiendo agotado los recuerdos del pasado lejano, yo no podía hablar con él del pasado próximo, de todo mi mundo reciente de bellezas conocidas, de corazones amados y destrozados, de paradojas improvisadas en tomo de la mesa de té, y mucho menos del sueño doloroso que ocupaba ahora íntegramente mi alma. Era inútil decirle todo eso; él no me comprendía. El sonido de ciertas palabras que me sugería toda una escena, las asociaciones de ideas de un perfume, de un nombre, de un rumor nada le decían a su alma. Me rogaba que le hablara, y si consentía, me escuchaba con curiosidad pero sin sentir, sin comprender, sin revivir conmigo lo que yo le narraba. Sus ojos se perdían en el vacío y apenas yo enmudecía recomenzaba sus declamaciones y sus melosidades sentimentales.

Llegó, pues, un día en que el odio contra ese pasado yo mío no supo ya contenerse. Le dije entonces con mucha firmeza que no podía más vivir con él y que debía separarme de su compañía para acabar con mi disgusto. Mis palabras lo sorprendieron y lo entristecieron profundamente. Sus ojos me miraron suplicando. Su mano me estrechó con más fuerza.

"¿Por qué quieres dejarme? —dijo con su odiosa voz teatral de apasionamiento—; ¿por qué quieres dejarme una vez más tan solo? ¡Te he estado esperando durante tanto tiempo en silencio, durante

tantos años he contado las horas que me acercaban a estos momentos! Y ahora que estás conmigo, ahora que te amo, que hablamos del amor y de la belleza del mundo, de los pesares de sus criaturas, ¿quieres dejarme solo en esta ciudad tan triste, tan *lentamente* triste?"

No respondí a sus palabras sino con un gesto de rabia. Pero cuando me adelanté para irme, sentí su brazo aferrarme con violencia y escuché de nuevo su voz que me decía sollozando:

"No, tú no partirás. ¡No te dejaré partir! Soy tan feliz ahora de poder hablar a alguien que puede comprenderme, a alguien que todavía tiene un corazón ardiente, que viene de las ciudades de los vivos, que puede escuchar todos mis gemidos y acoger mis confesiones. ¡No, tú no partirás, no podrás partir! ¡No permitiré que te vayas!"

Tampoco esta vez respondí y todo el día permanecí con él sin hablar. Él me miraba en silencio y me seguía siempre.

Al día siguiente me preparé para irme, pero él se plantó ante la puerta y no me dejó salir hasta que no le hube prometido que me quedaría con él durante todo el día.

Así pasaron todavía cuatro días. Yo intentaba eludirlo, pero él me perseguía constantemente, aburriéndome con sus lamentaciones e impidiéndome, aun por la fuerza, abandonar la ciudad. Mi odio y mi desesperación crecían de hora en hora. Finalmente, al quinto día, viendo que no podía liberarme de su celosa vigilancia, pensé que sólo me quedaba un medio y salí resueltamente de casa seguido de su lamentable sombra.

También aquel día anduvimos por el estéril jardín, donde tantas horas había pasado yo con su forma y con su alma, y nos aproximamos, también aquel día, al estanque muerto cubierto de hojas muertas. También aquel día nos sentamos sobre las falsas rocas y separamos con la mano las hojas para contemplar nuestras imágenes. Cuando nuestros dos rostros aparecieron juntos sobre el espejo sombrío del agua, me volví rápidamente, aferré a mi yo pasado por los hombros y lo arrojé de cara al agua, en el sitio donde aparecía su imagen.

Empujé su cabeza bajo la superficie y la sostuve quieta con toda la energía de mi odio exasperado. Él intentó resistirse; sus piernas se agitaron violentamente pero su cabeza permaneció bajo el remolino trémulo del estanque. Después de algunos instantes sentí que su cuerpo se aflojaba y debilitaba. Entonces lo solté y cayó aún más abajo, hacia el fondo del agua. Mi odioso yo pasado, mi ridículo y estúpido yo de otros años había muerto para siempre. Abandoné con calma el jardín y la ciudad. Nadie me molestó jamás por este hecho. Y vivo ahora todavía en el mundo, en las grandes ciudades de la costa, y me parece que me falta algo cuyo preciso recuerdo no poseo. Cuando me asalta la alegría con sus tontas risas, pienso que soy el único hombre que ha matado a su yo y que vive todavía. Pero esto no es suficiente para que permanezca serio.

Historia completamente absurda

Hace ya cuatro días, mientras me hallaba escribiendo con una ligera irritación algunas de las páginas más falsas de mis memorias, oí golpear levemente a la puerta pero no me levanté ni respondí. Los golpes eran demasiado débiles y no me gusta tratar con tímidos.

Al día siguiente, a la misma hora, oí llamar nuevamente; esta vez los golpes eran más fuertes y resueltos. Pero tampoco quise abrir ese día porque no estimo absolutamente a quienes se corrigen demasiado pronto.

El día posterior, siempre a la misma hora, los golpes fueron repetidos en tono violento y antes de que pudiese levantarme vi abrirse la puerta y adelantarse la mediocre figura de un hombre bastante joven, con el rostro algo encendido y la cabeza cubierta de cabellos rojos y crespos, que se inclinaba torpemente sin decir palabra. No bien encontró una silla se arrojó encima y como yo permanecía de pie me indicó el sillón para que me sentara. Después de obedecerlo, creí tener el derecho de preguntarle quién era y le rogué, con tono nada cortés, que me indicara su nombre y la razón que lo había forzado a invadir mi cuarto. Pero el hombre no se alteró y de inmediato me hizo comprender que deseaba seguir siendo por el momento lo que hasta entonces era para mí: un desconocido.

—El motivo que me trae ante usted —prosiguió sonriendo— se halla dentro de mi cartera y se lo haré conocer en seguida.

En efecto, advertí que llevaba en la mano un maletín de cuero amarillo sucio, con guarniciones de latón gastado, que abrió al momento extrayendo de él un libro.

—Este libro —dijo poniéndome ante la vista el grueso volumen forrado de papel náutico con grandes flores de rojo herrumbre— contiene una historia imaginaria que he creado, inventado, redactado y copiado. No he escrito más que esto en toda mi vida y me atrevo a creer que no le desagradará. Hasta ahora no le conocía más que por su nombradla, y sólo hace pocos días una mujer que lo ama me dijo que es usted uno de los pocos hombres que no se aterra de sí mismo y el único que ha tenido el valor de aconsejar la muerte a muchos de sus semejantes. A causa de esto he pensado leerle mi historia, que narra la vida de un hombre fantástico al que le ocurren las más singulares e insólitas aventuras. Cuando usted la haya escuchado me dirá qué debo hacer. Si mi historia le agrada, me prometerá hacerme célebre en el plazo de un año; si no le gusta me mataré dentro de veinticuatro horas. Dígame si acepta estas condiciones y comenzaré.

Comprendí que no podía hacer otra cosa que proseguir en esa actitud pasiva que había mantenido hasta entonces y le indiqué, con un gesto que no logró ser amable, que lo escucharía y haría todo lo que deseaba.

"¿Quién podrá ser —pensaba entre mí— la mujer que me ama y le habló de mí a este hombre? Jamás he sabido que me amara una mujer, y si ello hubiera ocurrido no lo habría tolerado porque no hay situación más incómoda y ridícula que la de los ídolos de un animal cualquiera…" Pero el desconocido me arrancó de estos pensamientos con un zapateo poco elocuente pero claro. El libro estaba abierto y mi atención era considerada necesaria.

El hombre comenzó la lectura. Las primeras palabras se me escaparon; puse mayor atención en las siguientes. De pronto agucé el oído y sentí un breve estremecimiento en la espalda.

Diez o veinte segundos más tarde mi rostro enrojeció; mis piernas se movieron nerviosamente; al

cabo de otros diez segundos me incorporé. El desconocido suspendió la lectura y me miró, interrogándome humildemente con la mirada. Yo también le miré del mismo modo e incluso como suplicando, pero estaba demasiado aturdido para echarlo y le dije simplemente, como cualquier idiota sociable:

—Continúe, se lo ruego.

La extraordinaria lectura continuó. No podía estarme quieto en el sillón y los escalofríos recorrían no sólo mi espalda, sino también la cabeza y el cuerpo entero. Si hubiese visto mi cara en un espejo tal vez me hubiera reído y todo habría pasado, ya que probablemente reflejaba un abyecto estupor y un furor indeciso.

Traté por un momento de no seguir oyendo las palabras del calmo lector pero no logré sino confundirme más y escuché íntegra, palabra por palabra, *pausa tras pausa*, la historia que el hombre leía con su cabeza roja inclinada sobre el bien encuadernado volumen. ¿Qué podía o debía hacer en tan especialísima circunstancia? ¿Aferrar al maldito lector, morderlo y lanzarlo fuera del cuarto como a un fantasma inoportuno?

¿Pero por qué debía hacer eso? Sin embargo, aquella lectura me producía un fastidio inexpresable, una impresión penosísima de sueño absurdo y desagradable sin esperanza de poder despertar. Creí por un momento que caería en un furor convulsivo y vi en mi imaginación a un enfermero uniformado de blanco que me poma la camisa de fuerza con infinitas y desmañadas precauciones.

Pero finalmente terminó la lectura. No recuerdo cuántas horas duró, pero aun en medio de mi confusión noté que el lector tenía la voz ronca y la frente húmeda de sudor. Una vez cerrado el libro y guardado en el maletín, el desconocido me miró con ansiedad, aunque su mirada no tenía ya la avidez del comienzo. Mi abatimiento era tan grande que él mismo lo advirtió y su admiración aumentó enormemente al ver que me restregaba un ojo y no sabía qué contestarle. Me parecía en ese momento que nunca más podría volver a hablar, y hasta las cosas más simples que me rodeaban se presentaron a mis ojos tan extrañas y hostiles que casi tuve una sensación de repugnancia.

Todo esto parece demasiado vil y vergonzoso; pienso lo mismo y no tengo indulgencia alguna para mi turbación. Pero el motivo de mi desequilibrio era de mucho peso: *la historia que aquel hombre había leído era la narración detallada y completa de toda mi vida íntima y exterior*. Durante aquel lapso yo había escuchado la relación minuciosa, fiel, inexorable de todo lo que había sentido, soñado y hecho desde que vine al mundo. Si un ser divino, lector de corazones y testigo invisible, hubiese estado a mi lado desde mi nacimiento y hubiera escrito lo que observó de mis pensamientos y de mis acciones, habría redactado una historia perfectamente igual a la que el ignoto lector declaraba imaginaria e inventada por él. Las cosas más pequeñas y secretas eran recordadas, y ni siquiera un sueño o un amor o una vileza oculta o un cálculo innoble escaparon al escritor. El terrible libro contenía hasta sucesos o matices de pensamiento que yo había olvidado y que recordaba solamente al escucharlas.

Mi confusión y mi temor provenían de esta exactitud impecable y de esta inquietante escrupulosidad. Jamás había visto a ese hombre; ese hombre afirmaba no haberme visto nunca.

Yo vivía muy solitario, en una ciudad a la que nadie viene si no es forzado por el destino o la necesidad, y a ningún amigo, si aún podía decir que los tenía, le había confiado nunca mis aventuras de cazador furtivo, mis viajes de salteador de almas, mis ambiciones de buscador de lo inverosímil.

No había escrito nunca, ni para mí ni para los demás, una relación completa y sincera de mi vida, y justamente en aquellos días estaba fabricando fingidas memorias para ocultarme a los hombres, incluso después de la muerte.
¿Quién, pues, podía haberle dicho a ese visitante todo lo que narraba sin pudor y sin piedad en su odioso libro forrado de papel antiguo color herrumbre? ¡Y él afirmaba que había inventado esa historia y me presentaba, a *mí*, mi vida, mi vida entera, como una historia *imaginaria*!
Me hallaba terriblemente turbado y conmovido, pero de una cosa estaba bien seguro: ese libro no debía ser divulgado entre los hombres.
Aun cuando debiera morir ese increíble infeliz autor y lector, yo no podía permitir que mi vida fuese difundida y conocida en el mundo, entre todos mis *impersonales enemigos*.
Esta decisión, que sentí firme y sólida en mi fuero íntimo, comenzó a reanimarme levemente. El hombre continuaba mirándome con aire consternado y casi suplicante. Habían transcurrido sólo dos minutos desde que terminó su lectura y no parecía haber comprendido el motivo de mi turbación.
Finalmente, pude hablar.
—Discúlpeme, señor —le pregunté—. ¿Usted asegura que esa historia ha sido verdaderamente inventada por usted?
—Precisamente —respondió el enigmático lector ya un poco tranquilizado—, la he pensado e imaginado yo durante muchos años y cada tanto hice retoques y cambios en la vida de mi héroe. Sin embargo, todo ello pertenece a mi inventiva.
Sus palabras me incomodaban cada vez más, pero logré formular todavía otra pregunta:
—Dígame, por favor: ¿está usted verdaderamente seguro de no haberme conocido antes de ahora? ¿De no haber escuchado nunca narrar mi vida a alguien que me conozca?
El desconocido no pudo contener una sonrisa asombrada al oír mis palabras.
—Le he dicho ya —contestó— que hasta hace poco tiempo no conocía más que su nombre, y que solamente hace unos días supe que usted acostumbraba a aconsejar la muerte. Pero nada más conozco sobre usted.
Su condena estaba ya decidida y *era necesario que no demorase en ser ejecutada*.
—¿Está siempre dispuesto —le pregunté con solemnidad— a mantener las condiciones establecidas por usted mismo antes de comenzar la lectura?
—Sin ninguna duda —respondió con un ligero temblor en la voz—. No tengo otras puertas a las que llamar y esta obra es mi vida entera. Siento que no podría hacer ninguna otra cosa.
—Debo entonces decirle —agregué con la misma solemnidad, pero atemperada por cierta melancolía— que su historia es estúpida, aburrida, incoherente y abominable. Su héroe, como usted lo llama, no es sino un malandrín aburrido que disgustará a cualquier lector refinado. No quiero ser demasiado cruel agregándole todavía más detalles.
Comprobé que el hombre no aguardaba estas palabras y me di cuenta de que sus párpados se cerraron instantáneamente. Pero al mismo tiempo reconocí que su poder sobre mí mismo era igual a su honestidad. De inmediato reabrió los ojos y me miró sin temor y sin odio.
—¿Quiere acompañarme afuera? —me preguntó con voz demasiado dulce para ser natural.
—Cómo no —respondí, y luego de ponerme el sombrero salimos de casa sin hablar.
El desconocido llevaba siempre en la mano su maletín de cuero amarillo y yo lo seguí delirante hasta

la orilla del río que corría caudaloso y resonante entre las negras murallas de piedra.
Una vez que echó una mirada a su alrededor y comprobó que no se hallaba nadie que tuviese aspecto de salvador se volvió hacia mí diciendo:
—Perdóneme si mi lectura lo hartó. Creo que nunca más me tocará aburrir a un ser viviente. Olvídese de mí no bien le sea posible.
Y éstas fueron justamente sus últimas palabras, porque saltando ágilmente el parapeto y con rápido empuje se arrojó al río con su maletín. Me asomé para verlo una vez más pero el agua ya lo había recibido y cubierto. Una niña tímida y rubia se había percatado del rápido suicidio, pero no pareció asombrarla demasiado y continuó su camino comiendo avellanas.
Volví a casa después de realizar algunas tentativas inútiles. Apenas entré en mi cuarto me extendí sobre la cama y me adormecí sin demasiado esfuerzo, como abatido y quebrantado por lo inexplicable.
Esta mañana me desperté muy tarde y con una extraña impresión. *Me parece estar ya muerto* y esperar solamente que vengan a sepultarme.
He tomado inmediatamente previsiones para mi funeral y fui personalmente a la empresa de pompas fúnebres con el fin de que nada sea descuidado. A cada momento espero que traigan el ataúd. Siento ya pertenecer a otro mundo y todas las cosas que me circundan tienen un indecible aire de cosas pasadas, concluidas, sin ningún interés para mí.
Un amigo me ha traído flores y le dije que podía esperar para ponerlas sobre mi tumba. Me pareció que sonreía, pero los hombres sonríen siempre cuando no comprenden nada.

Una muerte mental

De uno de los más recientes suicidios en los últimos años no se conocería la verdadera historia si yo no tuviese el vicio de andar en busca de los *raros* con la esperanza —casi siempre superflua— de hallarme con un *grande*.

Todos *nosotros* sabemos, qué *defectuosas* son las estadísticas —digo a propósito *defectuosas* en el sentido de insuficientes. Aunque algunos equilibrados vegetantes lamenten con cara de pavor el crecimiento continuo de las muertes voluntarias, sé bien, por mi parte, que no todas son registradas. Entre los enfermos y los aparentes asesinados, los suicidas menudean.

Constituyen, quizás, la mayoría. Algo me impulsa casi a decir que *cada muerte es voluntaria*. Pero ¿cómo? ¿De qué manera? ¡Ay de mí! ¡De maneras comunes, vulgares, vulgarísimas!

Falta de sabiduría, falta de voluntad —pocos son los que prevén y pueden—: un arrojarse al encuentro del destino casi como pájaros dentro de la serpiente o locos en la hoguera. Hombres que no han querido vivir y han preferido el breve presente al largo y cierto porvenir. Leopardi aprobaría: ¿pero quién puede negar que ésas son vidas *truncadas?*

El suicidio cuyo misterio he sabido no se parece a ninguno de los conocidos hasta ahora. Ni la historia ni la crónica nos hablan de otro parecido o igual.

Era difícil encontrar un medio no utilizado por ninguno. Todos los expedientes menos obvios fueron descubiertos y utilizados: cada tanto los diarios, hartos ya desde hace mucho de los habituales pistoletazos y los cotidianos envenenamientos, exponen alguno, como variedad curiosa, para hacer sonreír agradablemente al lector optimista. Y sin embargo *él* lo encontró y lo practicó. Conocí al futuro suicida de una manera curiosa. (Debo advertir que de las personas que me han sido presentadas habitualmente no extraje nunca nada de extraordinario.) Hurgaba una mañana en un quiosco ambulante de libros viejos, cuando cayó en mis manos el primer volumen de la traducción francesa de *Los demonios*, de Dostoievsky. Lo había leído hacía ya mucho tiempo y varias veces; además, era el primer tomo solamente y no tenía, por ello, ninguna intención de comprarlo. Pero sin saber cómo empecé a hojearlo e instintivamente di en las páginas en las que el ingeniero Kiriloff expone con tanta simpleza sus ideas sobre el suicidio. Había notado ya en los márgenes marcas violentas de lápiz rojo, pero aquí se hallaban incluso anotaciones. Estaban escritas con lápiz negro y eran borrosas. Sin embargo, las descifré.

"Así no. —Está bien: es necesario superar el temor de la muerte y por lo tanto prepararse para ultimamos, pero no así. —El suicidio con las manos: cosa de carniceros. No se llega…—

Tener presente la idea de mi método. —Es necesario negar, destruir la vida por sí mismo, poco a poco, no destrozar el cuerpo de golpe: es estúpido…"

Estas pocas líneas, escritas a lo largo de los márgenes, excitaron mi curiosidad como no me ocurría desde hacía mucho.

¿Quién podía ser el que había escrito tales palabras? ¿Y cuál era su método, su muerte sin morir? Seguí nerviosamente hojeando el volumen. Me sorprendí: sobre la guarda inicial se hallaba lo que estaba buscando: un sello —uno de esos horribles sellos violetas de uso comercial— con un nombre, un apellido y una dirección.

Ottone Kressler
Via delle Ruote, 25.1er. piso

Di unas monedas al librero y me fui de prisa a casa con el libro en el bolsillo. No bien estuve en mi cuarto lo examiné detenidamente: había otras notas pero no agregaban nada más extraño a las que ya había leído antes. Eran suficientes aquéllas, sin embargo, para que no tuviese paz hasta que no hubiera encontrado al dueño del libro. ¿Pero habría sido él el autor de las notas? Y ese nombre alemán del sello, ¿sería el último dueño y el del misterioso glosador? ¿Y si fuera él, viviría siempre en la misma casa? Por más conjeturas que hiciera, no había otra solución que ir tras ese hilo —el único. No podía estar como sobre ascuas. Retomé el libro y el sombrero y volví a salir.
En pocos minutos —tengo las piernas largas y la prisa de los nerviosos— llegué al número veinticinco de Via delle Ruote. Llamé a la portezuela sucia de la calle. Una puerta interior se abrió:
—¿Quién es?
Era una voz de niño. En efecto, una vez que subí dos tramos de escalera, vi en el vano a una muchachita pálida de delantal rojo y pies descalzos:
—¿A quién busca?
—¿Vive siempre aquí el señor Ottone Kressler?
La chica abrió los ojos y pensó. Luego, de pronto:
—¡Mamá! ¡Mamá! Ven.
Se adelantó una mujercita de unos cuarenta años, rostro despectivo y sucia como la hija. Me miró mal:
—¿Qué deseaba?
Repetí el nombre. Advertí que mi pregunta no le producía placer alguno.
—¿Lo conoce? —preguntó, recelosa.
—No lo conozco, pero tengo necesidad de verlo inmediatamente, por negocios.
La mujer estaba dudosa, pero predominó el temor:
—No vive más con nosotros. El 15 hizo tres meses que se fue.
—¿Y dónde está ahora?
—No lo sé.
—¿De veras? ¿Y no hay nadie que pueda saberlo?
—Intente con el vinatero vecino y pregunte por Cecchino. Él le recibía las cartas.
Saludé y bajé. Había, a dos pasos de la casa, una de aquellas vinaterías de visillos rojos, color de sangre sucia y de vino malo, con un botellón pintado sobre el cartel a la izquierda. Entré. ¡Qué tufo! Por suerte no había nadie, ni siquiera un parroquiano al mostrador.
—¿No hay nadie aquí? —llamé en voz alta.
Oí en la penumbra del fondo un revolver de paja y de taburetes y vino a mi encuentro una mujer con el rostro encendido que me miró de pies a cabeza entre confusa y amenazante.
—¡Hay gente! —gritó sin aproximarse.
Detrás de ella surgió de entre las tinieblas un jovenzuelo rubio de delantal azul turquí arrollado en tomo de la cintura:
—¿Qué deseaba?

—Disculpe, ¿es usted Cecchino?
—Sí, soy yo.
—¿Conocía a un señor Ottone Kressler, que vivía acá al lado?
—Claro que sí. Pero se ha ido.
—¿Y dónde está?
Comprendí que tampoco él tenía deseo alguno de contestarme. Me miró fijamente y luego me dijo en voz baja:
—Perdón, no es por nada, pero ¿qué se gana con eso? Porque, a decir verdad, es un pobre desgraciado y ni siquiera él sabe lo que hace. Ha dejado muchas deudas de poca monta entre los vecinos y me parecería un pecado mandarle otro acreedor más. Nunca delaté a nadie, Dios mediante, y vivir, vivo lo mismo…
—Se equivoca: no necesito nada de él. Antes bien, acaso pueda darle algo y necesito verlo por un asunto muy importante… No le he visto nunca hasta ahora.
—Mire: no le hará mucho caso. ¡Si viera qué tipo cómico es! Y parece como si no recordara nada ni le importara nada de nada. A veces suele hablar de sí mismo… Pero sin embargo es un buen muchacho, y cuando tiene, no es estirado como tantos.
—Escuche: me dijeron que usted sabe dónde vive ahora; dígamelo. Me hará un bien a mí y también a él.
El jovencito me miró de nuevo fijamente; luego, sea porque se persuadió de que yo no era ni policía ni acreedor, sea porque le importase poco el secreto, me dijo:
—Si no lo llevaron al hospital en estos días está en Via della Stufa N.° 2.
Agradecí y salí rápidamente.
De Via delle Ruote a Via della Stufa no hay mucha distancia y llegué sin darme cuenta.
El número dos correspondía a uno de aquellos viejos palacios florentinos de mil cuatrocientos o mil quinientos, con ventanales de arco redondo, ornados de sillares rústicos en piedra marmórea y con la galería —¡tapiada!— en lo alto. Algo descascarado y bastante sucio; ventanas semitapiadas, signos de envilecimiento en todas partes.
Había un portero remendón que sin alzar la cabeza del zapato y sin gesto alguno de sorpresa contestó a mi pregunta:
—En el último piso, a la derecha.
Subí la escalinata deshonrada por escupitajos y telarañas. Una vez arriba, llamé. Apareció otra chiquilla. El señor Kressler estaba en casa y me recibió en el umbral de su cuarto. Quizás olvidaré al pasar de los años su figura, pero hasta este momento la conservo nítida, intacta y profundamente grabada en mi mente.
Ottone Kressler era, como me lo imaginaba, alto y enjuto. Su rostro alargado y estrecho como si le hubiesen comprimido a la fuerza las mejillas cuando niño, parecía la caricatura de una aparición hoffmanniana. Órbitas profundas, increíblemente profundas, con dos resplandores en el fondo; nariz larga, curva, espiritual; boca sinuosa pero no de expresión femenina y voluptuosa sino sarcástica y amarga; dientes caballunos; mentón casi en punta. La cara, afeitada, era totalmente roja, pero no de ese rojo sano y natural que se ve en la plenitud de las mejillas sino de un rojo oscuro, como de sangre revuelta, que invadía todo hasta llegar al cuello. Estaba mal vestido y llevaba un sobretodo

gris apagado y un sombrerete en la cabeza como si estuviera por salir.
Mi exaltación por verlo había sido tan grande que no pensé en las primeras palabras que diría, en una excusa razonable de mi visita. Mientras me aproximaba no sabía qué decirle. La necesidad me decidió por la franqueza.
—¿Es usted el señor Kressler?
El joven indicó que sí.
—Necesitaría hablarle inmediatamente.
Me señaló su cuarto y entré. Era una habitación grande y casi vacía que daba a los tejados. Sobre un largo cajón de embalaje estaba tirado un colchón y sobre el colchón una alfombra y una almohada. No había sillas: sólo un sillón de junco. Sobre la pared, suspendidas con cordeles, tablas cargadas de libros y en un rincón un atril de música, grande y negro y, por lo que pude apreciar, de sólida y antigua fabricación. Kressler indicó el sillón y se sentó sobre el falso lecho, mirándome silenciosamente a los ojos como si esperase de mí todo el gasto de la conversación.
No perdí mi coraje: extraje del bolsillo el volumen de Dostoievski y se lo alcancé:
—¿Es suyo este libro?
—Era mío hace un tiempo. Me lo llevaron con otros libros en la casa donde vivía y vendieron todo para cobrarse. El segundo tomo lo tengo todavía. La dueña era ignorante…
—¿Y esta nota marginal es suya? —agregué indicándole las líneas manuscritas junto al párrafo de Kiriloff.
—Es mía. Pero ¿por qué?
El señor Kressler era muy tranquilo y parecía insensible a la extravagancia de mi visita y de mis preguntas.
—Porque —lo interrumpí abruptamente—, porque he leído estas palabras y vi en ellas la alusión a un método, a un método nuevo de muerte, a una muerte sin manos, a un suicidio superior. Me ocupo mucho de esto y tengo algunas ideas… Busco a todos aquellos que sienten la responsabilidad de la elección y no se deciden a una salida por una puerta cualquiera. He venido para que me diga si este método existe, si verdaderamente usted ha encontrado *algo* y si este *algo* se realizará…
A medida que hablaba, mi oyente iba perdiendo algo de su calma. Desde el fondo de las órbitas las pupilas se acercaban hacia mí y cada ojo salía de su cuenca como un animal que se asoma a la boca de su cueva.
—Sí, sí… ¡Es así! —exclamó—. ¿Puede ser posible que alguien piense seriamente en esto? ¡Y en Italia! ¿Usted vino a verme por el problema de la verdadera muerte?
—Solamente por esto.
El señor Kressler se levantó. Parecía conmovido. Su mano buscó y estrechó la mía. Tuve que decirle mi nombre. Vi reflejado en su rostro el deseo de abrazarme.
—Podríamos conversar ahora —agregué—. Pero, ¿usted salía?
—No, de ningún modo. Estoy vestido siempre así, incluso en casa. No me gusta desvestirme. Con mucho gusto podemos hablar ahora, en seguida, cuando quiera. Le contare todo, le diré lo que usted desea. Antes de morir, la idea será suya. Transfusión y comunicación: no lo había pensado, no tenía a nadie. ¡Tantas orejas, pero qué pocos cerebros! ¡Y luego, aquí! Quizás en Alemania… Pero no puedo volver: ¡la miseria! ¡Mire esto!

Y me señalaba la estancia vacía, las vigas del cielo raso, los vidrios de las ventanas rotos, emparchados con tiras de papel.

—¿Quiere saber mi historia? ¡Pero si mi historia comienza ahora! El primer capítulo de mi vida será el último y el epitafio puede servir también como título. Tengo apellido alemán: mi padre era bávaro, y emigró a Italia. Pero mi madre es italiana y vive todavía, y no comprende nada —como todas las madres. Hacía como de empleado o escribiente en un comercio de máquinas. Mi padre era un hombre moderno, de la era industrial, y con algún toque a lo Bismarck. Cretino, por lo demás, y empeorado por Goethe y el Chianti, al que se había aficionado en los últimos años. Yo escribía, copiaba, sumaba y siempre estaba en mí la idea de la vida. Historia vulgar: usted lo sabrá de memoria. ¿Qué es? ¿Por qué? ¿A dónde vamos? ¿Vale la pena vivir?, etcétera, etcétera. Al anochecer, en vez de salir, leía o preguntaba a todos los libros aquello que ningún hombre decía. Quería la vida, la más grande y hermosa vida posible y no la veía a mi alrededor, ni siquiera en aquellos que, según los demás, *estaban bien*. Y los ideales de los filósofos no me persuadían. Traté de seguirlos, uno tras otro, pero fue una carrera de esperanzas abofeteadas. Y sin embargo, sin un punto de apoyo metafísico, racional, no sabía vivir. Me parecía ser más despreciable que los perros que comen de limosna, pasean con bozal y orinan en todas las esquinas. Dejé el empleo y como consecuencia debí separarme de mi familia. Recorrí el mundo a pie, casi sin dinero; pedía hospitalidad o daba lecciones donde podía. Fui arrestado dos veces pero liberado a los pocos días. Llegué a Alemania: tenía nostalgia de la patria desconocida. Caminaba poco cada día. No bien encontraba un buen lugar me detenía y me tiraba sobre la hierba, en los campos, sobre los bancos de piedra de las pequeñas ciudades tranquilas. Llegaba la noche, surgían las estrellas; pensaba, dormía. Comía poco; bebía en las fuentes, con la boca en los pozos o en las zanjas; dormía como podía, en cabañas o en las casas de los pobres. Y pensaba, pensaba siempre. Pensaba hasta durmiendo. Conocía o adivinaba todas las respuestas a esas preguntas, y sin embargo la luz me llegó de otro, de un cura. Era un cura viejo que encontré un día frente a una iglesia campesina. Iba caminando al azar por el prado con la cabeza inclinada y me vio tan cansado y triste que me saludó y preguntó si quería beber. Comenzamos a conversar. Le conté algunas de mis dudas, de mis búsquedas, de mis inquietudes. Y entonces escuché las palabras que despertaron de pronto mi mente:

”¿Pero no comprende que el sentido de la vida está en la muerte y solamente en la muerte? ¡Sólo el que quiera morir, el que esté ya *muerto* en esta vida desde ahora, sólo éste gozará y saboreará y conocerá la vida!

”Quizás estas palabras eran el eco de algún lugar común ascético y carentes, para él, de todo significado profundo. Quizás las extrajo de algún breviario eclesiástico, de donde las había copiado en el seminario, por su apariencia de santa paradoja. No lo sé; para mí fueron el descubrimiento, la iluminación, el principio de la nueva existencia.

”Esa misma noche, en la casa parroquial —adonde el cura me había invitado a comer y a dormir— las analicé y las trastroqué en todo sentido, las iluminé con todas las luces de mi pensamiento y desenmarañé lo que podían contener y más todavía. Hoy esas verdades me son de tal modo familiares que no sé ya casi qué hacer con ellas y si ahora las recuerdo es para informarle a usted: ¡pero entonces! Que el secreto de la vida se halle en la muerte era algo que siempre había sospechado, pero en un sentido negativo y físico y al mismo tiempo tan arriesgadamente trascendental

y fideístico que mi mente no había querido analizarlo a ningún costo. Un pistoletazo: ¡bum! y luego la luz, la grande, la eterna, la definitiva luz. ¡Puede ser! ¡Quizás! ¿Y si luego no fuese? El príncipe Hamlet no era, por más que digan, un imbécil.

"Pero en las palabras del cura campesino había algo más, no ya la ruptura brutal e instantánea del cerebro, de la circulación, etcétera, para hundirse en el mar esperanzado de las posibilidades, sino la muerte en la vida, la realización presente, actual, inmediata del estado de muerte en el estado de vida.

"¿No comprende?"

Y el señor Kressler calló un momento mirándome desde el fondo de sus cuencas iluminadas. No supe qué contestarle en ese instante y en la pausa de silencio que siguió se oyó que la puerta se abría bruscamente. Apareció un hombre bajo, lívido, en mangas de camisa —un hombre vulgarísimo que inconteniblemente me evocó la imagen de un zapatero vicioso—, el que nos contempló a los dos con arrogancia. No bien lo vio, Kressler se levantó, corrió hacia él y salió cerrando la puerta detrás de sí. Inmediatamente estallaron gritos y blasfemias y puñetazos sobre las mesas y ruidos de sillas arrojadas al suelo… No comprendí una palabra: un confuso zumbar de rabia plebeya ocupaba penosamente la casa. Luego de tres o cuatro minutos de silencio, Kressler volvió a abrir la puerta y nuevamente se arrojó sobre el cajón. Tenía la cara algo más pálida, y de un largo arañazo sobre la frente, justo sobre la ceja izquierda, descendían gruesas gotas de sangre oscura y densa. El extraño hombre tomó el pañuelo, se lo apretó sobre la pequeña herida y murmuró como una excusa:

—Quieren echarme de cualquier manera… No tendrán que esperar mucho…

Advertí que si yo no hubiese estado allí se habría echado a llorar. Aquella escena imprevista y enigmática me había consternado: me levanté para irme. Al notarlo, Kressler se levantó también y me tendió la mano. Olvidé en ese momento mi preocupación y sin pedirlo más le dije dos o tres palabras de despedida y salí.

Una vez lejos de la casa y de la calle miré a mi alrededor como si me hubiera despertado entonces de un sueño. La noche se acercaba: todas las cosas tenían ese aspecto espiritual e indeciso que sucede a la puesta del sol y las hace parecer como iluminadas interiormente. Los comercios se volvían amarillos y blancos bajo los últimos resplandores; en las calles todavía no oscurecidas las sombras humanas corrían más veloces pero sin ruido. El profundo sentido de la repetida e infinita inutilidad de todo esfuerzo, que vuelve al finalizar cada muerte del sol como maldición del anochecer, penetraba, quizás, hasta en el ánimo de los carreteros silenciosos y de las muchachas furtivas. Caminaba lento y pensativo, siempre avanzando, sin saber dónde detenerme, tratando de recordar sus facciones y sus palabras como si las hubiese visto y escuchado mucho tiempo antes. Pero todo me distraía: la mirada de una mujer, la blasfemia de un muchacho, el cartel luminoso de un teatro. Y cada toque de campana me hacía estremecer: y las memorias y las nostalgias oscilaban a porfía pero fatigadas en la oscuridad tumultuosa de mi mente.

De improviso, sonó a mi lado una voz:

—Por aquí, por aquí. Estaremos más solos.

Me volví: era Kressler. Kressler, vestido tal como lo había hallado en su casa, que me miraba como si nada hubiese ocurrido. Me tomó del brazo y lo acompañé. Había salido tras de mí y me había seguido. Marchábamos hacia el río: al fondo del horizonte se veía aún una raya recta, casi blanca.

Las llamas amarillas de doble fila tremolaban a lo largo de la corriente tranquila. Kressler retomó la palabra:

—Creo que usted ya lo ha comprendido. Yo entendí todo inmediatamente, la primera noche. Observe que las palabras del cura no hablan sino de un caso especial de una ley que yo creo y estimo universal. ¡No solamente el secreto de la vida está en la muerte sino que el secreto de la luz está en las tinieblas, el secreto del bien está en el mal, el secreto de la verdad está en el error, el secreto del sí se encuentra en el no! Y entonces, cada Fausto que desea vivir, cada alma ávida que quiere abrazar la vida como se abraza a una amante para sentirla toda, para besarla toda, para gozarla toda, debe prepararse para morir, debe meterse dentro de la muerte. Si nosotros logramos, en algún momento, vivir intensamente es porque la vida es un lento morir y porque cada voluntad es uno de los tantos estremecimientos y estertores de esta larga agonía.

"Desde ese día yo decidí renunciar a la vida, hacerme un alma de muerto, morir rápidamente. Pero no de pronto ni con medios externos y materiales. Ser ya un cadáver antes que fuese necesario el sepelio —y suicidarse de modo que la muerte parezca natural e involuntaria. He aquí mi descubrimiento: matarse con la voluntad, con la propia alma y no con las armas, no con las manos, no con venenos. Morir a fuerza de pensar en querer morir. Eso es lo que estoy haciendo. Esto es lo que quería saber de mí. ¿Está contento?"

Lo miré asombrado porque pronunció estas últimas palabras casi en un tono de rabia despreciativa. Pero en seguida agregó:

—No se preocupe: la muerte todavía no está completa. La verdad es que el suicidio como se practica hoy y se ha practicado siempre me produce repulsión. Esa sangre de los cuchillos, esas contorsiones de los venenos, esos descuartizamientos de las caídas, esos pistoletazos me han parecido siempre algo bajo, brutal, carnicero, innoble. ¿Por qué destruir la obra maestra de nuestro cuerpo con semejantes tajos brutales y anegar la nobleza del alma en esas matanzas repugnantes? El alma lo puede todo, el alma es todo, la voluntad es señora del mundo. Basta con *querer* morir, pero quererlo seriamente, fuertemente, constantemente, y la muerte poco a poco se instala en nosotros y nos penetra tan enteramente que un soplo sólo, después, nos puede derribar. Y querer, en este caso, significa *no querer*. Para vivir queremos continuamente y para morir es necesario querer siempre menos y querer solamente no querer. La vida entera está hecha de esfuerzos: no esforzándose más, por nada, de ninguna manera la vida se vacía y se desinfla por sí misma, y la aceptación del todo y la renuncia del todo se equivalen, se funden, son una sola cosa. Difícil es querer, pero más difícil, sin parangón, es el no querer más. Aún no lo he logrado. Me estoy matando cada día y cada hora pero de tanto en tanto, cuando menos lo espero, el instinto demoníaco de la resistencia y el impulso loco del deseo vuelven a salir a flote y me empujan hacia atrás, entre los vivos, entre todos.

"Pero ahora estoy más cerca de la muerte, y por lo mismo, de la felicidad, entre tantos que buscan en la vida lo que la vida no podrá dar nunca. Apenas haya muerto, la vida volverá a cogerme como a su hijo preferido y no me será negado nada de lo que el sol ilumina y colora. Y ahora, ya mismo, saboreo de antemano estas alegrías. Para los demás, no significan nada —no como, no leo, no me divierto, no amo, no juego, no gano dinero: estoy ya semimuerto. Apenas si respiro y me muevo… Y sin embargo, no daría estos días por todas las hermosas mujeres de Londres y todas las cajas fuertes de América. Lo que para todos los otros es el cielo para mí es una ventana, y toda la tierra, con sus

océanos, es un peldaño sobre una torre y nada más, y en el silencio de la noche las músicas que llegan a mi oído son más voluptuosamente dolorosas que las de Chopin y más místicamente solemnes que las de Bach. Ninguna mujer puede ser tan perfecta como aquella que me ama en mi pensamiento y que creo cada día, de la cabeza a los pies, como el buen Dios de la Biblia, y todos los sistemas y los conceptos de los profundos maníacos que usted y yo conocemos son aros de papel y cometas sin hilo frente al dominio directo de la realidad fuera de las rejas del espacio y de las horas del tiempo…”

Kressler calló de pronto, como antes, cuando el hombre amenazante había aparecido en el vano de la puerta. Miró a su alrededor tratando de escapar a mi mirada. Me pareció que se arrepentía de haberme hablado y que casi se avergonzaba.

—Déme su dirección —agregó— le avisaré cuando sea llegado el momento. No venga más a visitarme.

Le di mi tarjeta y nos separamos fríamente. No he visto nunca cara más triste que la suya en aquel anochecer.

Durante cuatro meses no supe nada de él. Hace pocas semanas una mujer vino a buscarme de parte suya.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Está mal? ¿Se muere?

—Parece que sí.

Corrí a Via della Stufa. Lo hallé en una auténtica cama y entre las sábanas. Una señora vieja estaba sentada junto a él y lo miraba. Había enflaquecido más pero el rojo oscuro del rostro no había sido cubierto por la palidez final. Me acerqué al lecho.

—Yo tenía razón —me susurró en voz baja—; he logrado el descubrimiento. La voluntad ha sido vencida. Estoy muerto ya. Dentro de pocas horas o pocos días la última apariencia de vida cesará… Nadie me ha matado… Yo solo… sin las manos… ¡Qué felicidad! Ninguna lengua humana podría decir… estoy muerto… yo mismo me he matado… basta con quererlo… cualquiera puede imitarme, usted sabe mi secreto… Éste es el verdadero camino —el único…

La señora, en tanto Kressler hablaba, estaba inquieta: parecía que sufría horriblemente por mi presencia.

Finalmente, no pudo resistir:

—¡Fuera de aquí —me gritó—, fuera de aquí, asesino!

Creo que estaba celosa de mí o quizás me creía uno de aquellos que, según ella, habían hecho enloquecer y morir a su hijo. Kressler no intentó desmentirla y entrecerró los ojos como si no quisiera saber más nada. No pensé ni en discutir ni en persuadirla y salí de allí con el corazón trastornado.

Dos días más tarde Kressler moría en el sentido humano y científico de la palabra. Detrás de la carroza fúnebre de segunda clase, el coche de la madre se bamboleaba cerrado y lento como un remordimiento.

La última visita del Caballero Enfermo

Nadie supo jamás el verdadero nombre de aquel a quien todos llamaban el Caballero Enfermo. No ha quedado de él, luego de su imprevista desaparición, más que el recuerdo de sus inolvidables sonrisas y un retrato de Sebastiano del Piombo que lo representa oculto en la sombra mórbida de una pelliza, con una mano enguantada que cae débilmente como la de un ser que duerme. Alguno de los que más lo amaron —y yo estuve entre esos pocos—, recuerda también su tez singular de un amarillo pálido transparente y la levedad casi femenina de sus pasos y el extravío habitual de su mirada. Le gustaba hablar mucho, pero nadie comprendía todo lo que quería decir y conozco a algunos que no *quisieron* comprenderlo porque las cosas que decía eran demasiado horribles.

Era, verdaderamente, un *sembrador de espanto*. Su presencia daba un color fantástico a las cosas más simples; cuando su mano tocaba algún objeto parecía que éste entraba a formar parte del mundo de los sueños. Sus ojos no reflejaban las cosas presentes sino aquellas desconocidas y lejanas, que quienes lo acompañaban no percibían. Nadie le preguntó nunca cuál era su enfermedad y por qué aparentaba no curarla. Vivía caminando siempre, sin detenerse, día y noche. Ninguno sabía dónde estaba su casa; ninguno le conoció padre o hermanos. Apareció un día en la ciudad y otro día, después de algunos años, desapareció.

La víspera de este día, muy temprano, cuando apenas comenzaba a alborear el cielo, vino a mi cuarto a despertarme. Sentí la suave caricia de su guante sobre mi frente y lo vi ante mí, envuelto en la pelliza, con la boca llevando eternamente el recuerdo de una sonrisa y los ojos más extraviados que de costumbre. Me di cuenta, por el enrojecimiento de sus párpados, que había estado en vela toda la noche y que debía haber esperado el alba con gran ansiedad porque sus manos temblaban y todo su cuerpo parecía sacudido por la fiebre.

—¿Qué le sucede? —le pregunté—. ¿Su enfermedad lo atormenta más que otros días?

—¿Mi enfermedad? —respondió—. ¿Mi enfermedad? ¿Usted cree, entonces, como todos, que yo *tengo* una enfermedad? ¿Que exista una enfermedad *mía?* ¿Por qué no decir que yo *mismo* soy una enfermedad? No hay nada que sea mío ¿comprende? ¡No hay nada que me pertenezca! ¡Pero yo soy de alguien y hay alguien a quien pertenezco!

Estaba habituado a sus extrañas conversaciones y por eso no le contesté. Continué mirándolo y mi mirada debía ser muy dulce porque se acercó aún más a mi lecho y me tocó de nuevo la frente con su blando guante.

—No tiene síntoma alguno de fiebre —prosiguió—. Está usted perfectamente sano y tranquilo. Su sangre circula con calma en sus venas. Puedo decirle, pues, algo que quizás lo espante; puedo decirle quién soy yo. Escúcheme con atención, se lo ruego, porque quizás no podré decir dos veces las mismas cosas, y sin embargo es necesario que las diga por lo menos una vez.

Al decir esto se arrojó sobre un sillón violáceo junto a mi cama y continuó con voz más alta:

—Yo no soy un hombre real. No soy un hombre como los otros, un hombre con músculos y huesos, un hombre gestado por hombres. No he nacido como sus semejantes; nadie me ha acunado ni ha vigilado mi crecimiento; no he conocido ni la inquieta adolescencia ni la dulzura de los lazos de la sangre. Soy —y lo diré aunque quizás no quiera creerme— nada más que *la figura de un sueño*. Una imagen de Shakespeare se ha vuelto por mí literal y trágicamente exacta: ¡yo *soy de la misma sustancia con*

la cual están hechos vuestros sueños! Existo porque hay *alguien* que me sueña; hay alguien que duerme y sueña y me ve obrar y vivir y moverme, y en este momento sueña que yo digo todo esto. Cuando este *alguien* comenzó a soñarme yo comencé a existir, cuando se despierte cesaré de existir. Yo soy una imaginación, una creación, un huésped de sus largas fantasías nocturnas. El sueño de este *alguien* es de tal manera durable e intenso que me he vuelto visible incluso a los hombres que están despiertos. Pero el mundo de la vigilia, el mundo de la realidad concreta no es el mío. ¡Me siento tan a disgusto en medio de la vulgar solidaridad de vuestra existencia! Mi vida es la que transcurre lentamente en el alma de mi dormido creador…

”No crea usted que hablo con enigmas y símbolos. Lo que le digo es la verdad, toda la simple y tremenda verdad. ¡Acabe, pues, de dilatar sus pupilas estupefactas! ¡No me mire más con su aire de piadosa turbación!

”Ser el actor de un sueño no es lo que más me atormenta. Poetas hay que dijeron que la vida de los hombres es la sombra de un sueño y filósofos que han sugerido que la realidad entera es una alucinación. A mí, en cambio, me persigue otra idea: *¿quién es el que me sueña?* ¿Quién es este *alguien*, este ser ignoto que yo no conozco y al que pertenezco, que me hizo surgir de pronto en la oscuridad de su cerebro cansado y cuyo despertar me apagará de improviso, como una llama ante un imprevisto soplo? ¡Cuántos días he pensado en este dueño mío que duerme, en este creador mío ocupado por el transcurrir de mi efímera vida! Realmente, debe ser grande y poderoso; un ser para el cual nuestros años son minutos y que puede vivir toda la vida de un hombre en una sola de sus horas y la historia de la humanidad en una de sus noches. Sus sueños deben ser tan vivos y fuertes y profundos como para proyectar hacia afuera las imágenes de un modo que parezcan cosas reales. Quizás el mundo entero no es sino el producto perpetuamente variable de un entrecruzarse de sueños de seres idénticos a él. Pero no quiero generalizar demasiado: ¡dejemos los metafisiqueos a los imprudentes! A mí me basta la tremenda seguridad de que soy la imaginaria criatura de un enorme soñador.

”¿Pero quién es él? Ésta es la pregunta que me agita desde hace muchísimo tiempo, desde que descubrí la materia de la cual estoy hecho. Usted comprende la importancia de este problema para mí. De la respuesta que podía darle dependía todo mi destino. Los personajes de los sueños gozan de una muy amplia libertad y por eso mi vida no estaba totalmente determinada por mi origen, sino en gran parte por mi albedrío. Sin embargo, era necesario que supiese quién era el que me soñaba para elegir mi estilo de vida. Al principio estaba espantado por la idea de que podía bastar la más pequeña cosa para despertarlo, o sea para aniquilarme. Un grito, un ruido, un soplo podían de pronto precipitarme en la nada. En ese entonces quería a la vida y, por lo tanto, me torturaba vanamente para adivinar cuáles eran los gustos y las pasiones de mi ignoto poseedor, para dar a mi existencia las actitudes y las formas que pudieran serle entrañables. Temblaba a cada instante ante la idea de cometer algo que pudiese ofenderlo, aterrarlo y, por lo tanto, despertarlo. Imaginé durante algún tiempo que era una especie de paterna divinidad evangélica y me las arreglé para llevar la más virtuosa y santa vida del mundo. Alguna vez, en cambio, pensé que era un héroe pagano cualquiera y entonces me coronaba con largos pámpanos de vid y cantaba himnos de borracho y bailaba con frescas ninfas en los claros de los bosques. Hasta creí una vez que formaba parte del sueño de algún sublime y eterno sabio, que hubiera alcanzado a vivir en un mundo espiritual superior y pasé largas

noches en vela sobre los números de las estrellas y las dimensiones del mundo y la composición de los seres vivos.

”Pero finalmente me cansé, humillado al pensar que debía servir de espectáculo a este amo desconocido e incognoscible; advertí que esta ficción de vida no vaha tanta bajeza y tanta vileza aduladora. Entonces anhelé ardientemente lo que al principio me causaba horror, o sea, que despertara. Me esforcé en llenar mi vida con espectáculos tan horribles como para que el horror pudiera despertarlo. Y todo lo intenté para llegar al reposo del aniquilamiento; movilicé todo para interrumpir esta triste comedia de mi vida aparente, para destruir esta ridícula larva de vida que me asemeja a los hombres.

”Ningún delito me fue ajeno: ninguna infamia me fue desconocida; no me sustraje de ningún terror. Con refinadas torturas asesiné a viejos inocentes; envenené las aguas de ciudades enteras; incendié al mismo tiempo las melenas de una multitud de mujeres; despedacé con mis dientes, vueltos salvajes por la voluntad de aniquilación, a todos los niños que hallé sobre mi camino. De noche busqué la compañía de monstruos gigantescos, negros, sibilantes, que los hombres ya no conocen; tomé parte en increíbles empresas de gnomos, de íncubos, de demonios, de fantasmas; me precipité desde lo alto de un monte a un valle desnudo y convulsionado, circundado por cavernas llenas de blancos huesos; y las hechiceras me enseñaron alaridos de fieras desoladas que estremecen de noche incluso a los más valientes. Pero parece que quien me sueña no se atemoriza de aquello que hace temblar a los hombres. O goza con la contemplación de lo más horrendo que existe o no le importa o no se espanta. Hasta hoy no he logrado despertarlo y debo todavía arrastrar esta innoble vida, servil e irreal.

”¿Quién me liberará, pues, de mi soñador? ¿Cuándo despuntará el alba que lo llame a su obra? ¿Cuándo sonará la campana, cuándo cantará el gallo, cuándo resonará la voz que debe despertarlo? ¡Espero desde hace tanto tiempo mi liberación! ¡Espero tan anhelosamente el fin de este necio sueño en el que represento una parte tan monótona!

“Lo que estoy haciendo en este momento es mi última tentativa. Le digo a mi soñador que yo soy un sueño; quiero que él sueñe que sueña. Es algo que le sucede a los hombres, ¿no es verdad? ¿No ocurre, entonces, que se despiertan cuando se dan cuenta de que sueñan? Por eso he venido a verlo y por esto le he contado todo, y quisiera que aquel que me ha creado se diese cuenta en este instante de que yo no existo como hombre real y en el mismo momento acabaré de existir, incluso, como imagen irreal. ¿Cree que lo lograré? ¿Cree que a fuerza de repetirlo y gritarlo despertaré sobresaltado a mi invisible propietario?”

Y al pronunciar estas palabras el Caballero Enfermo se agitaba sobre el sillón, se quitaba y volvía a ponerse el guante de la mano izquierda y me miraba con ojos cada vez más extraviados. Parecía que esperaba de un momento a otro algo maravilloso y terrible. Su cara asumía expresiones de agonizante. De tanto en tanto miraba fijamente su cuerpo como si esperara verlo disolverse y se acariciaba nerviosamente la húmeda frente.

—¿Usted cree que todo esto no es verdad? —agregó—. ¿Siente que no miento? ¿Pero por qué no poder desaparecer, por qué no ser libre de terminar? ¿Quizás formo parte de un sueño que no terminará nunca? ¿El sueño de un eterno durmiente, de un eterno soñador? ¡Expulse, pues, de mí esta idea espantosa! ¡Consuéleme un poco; sugiérame alguna estratagema, algún subterfugio, alguna trampa que me suprima! Se lo pido con toda el alma. ¿No tendrá, pues, piedad de este aburrido

espectro?

Y como yo continuaba callado, él me miro una vez más y se puso de pie. Me pareció entonces mucho más alto que antes y observé nuevamente su tez algo diáfana. Se veía que sufría enormemente. Su cuerpo entero estaba agitado: parecía un animal que buscara liberarse de una red. La suave mano enguantada apretó la mía y fue por última vez. Murmurando algo en voz baja salió de mi cuarto y solamente *alguien* lo ha visto desde entonces.

No quiero más ser el que soy

Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero.
Santa Teresa

Tan sólo hace diez horas que me he dado cuenta de mi horrible condición. Hasta entonces no sabía aún lo espantoso que puede ser el mundo. Desde hace unos años creía ser un *graduado en terribilidad*. Había experimentado, pensado, imaginado, soñado todo lo que hay, lo que habrá, lo que podría haber en él de más terrorífico, de más tormentoso, de más horripilante, de más monstruoso y desatinadamente angustioso. Conocía la ansiedad de las esperas nocturnas; las desesperaciones de los últimos besos, los temblores de las apariciones silenciosas, los delirios de las pesadillas, los estremecimientos de los relojes invisibles que marcan en las noches las horas eternas, los espasmos de suplicios imposibles, los gemidos exasperados de las almas sin asilo, la fiebre errante de los coloquios demoníacos. Pero no conocía todavía la más terrible cosa que puede existir en el mundo; no conocía el suplicio último, el suplicio supremo. Hace diez horas solamente que he tenido la revelación y ya me parece que muchas dinastías pasaron sobre la tierra y muchos solitarios dejaron el cielo.

Me esforzare por conservar la calma. Trataré de ser claro. Elegiré la fórmula más neta, más simple, más natural: *Me he dado cuenta de que no puedo ser yo mismo*. Me he dado cuenta de que no podré *nunca —nunca*, ¿comprenden?—, de que no podré *nunca* cesar de ser yo mismo.

Quizás no me haya explicado bastante. Veamos: yo quisiera, pues, cambiar. Pero cambiar seriamente —¿comprenden?—; cambiar completamente, enteramente, radicalmente. *Ser otro*, en síntesis. Ser otro que no tuviese ninguna relación conmigo, que no tuviera el mínimo punto de contacto, que ni siquiera me conociese, que nunca me hubiera conocido.

¡Los cambios y renovaciones insustanciales los conozco desde hace tanto! Se trata de plumerazos, de mudanzas, de encaladuras. Se cambia el papel de Francia pero la habitación es siempre la misma; se cambia el color del sobretodo pero el cuerpo que recubre es el mismo; se cambian de lugar los muebles, se cuelga con pequeños clavos un nuevo cuadro, se agrega un estante de libros, un sillón más cómodo, una mesa más ancha, pero el cuarto es el mismo; siempre, siempre, inexorablemente, implacablemente el mismo. Tiene el mismo aspecto, la misma fisonomía, el mismo *clima espiritual* Se muda la fachada y la casa, adentro, tiene las mismas escaleras y las mismas habitaciones; se cambia la cubierta, se reemplaza el título, se modifican los adornos del frontispicio, los caracteres del texto, las iniciales de los capítulos, pero el libro cuenta siempre la misma historia —siempre, siempre, inexorable, implacablemente la misma, vieja, fastidiosa, lamentable historia.

Estoy cansado ya de esta clase de cambios y renovaciones. ¡Cuántas veces yo mismo he cepillado mi pobre alma! ¡Cuántas veces le he dado un nuevo barniz a mi cerebro! ¡Cuántas he vuelto a poner orden en la confusión de mi corazón! Me hice trajes nuevos, viajé por nuevos países, viví en ciudades nuevas pero siempre sentí, en lo más profundo de mí mismo, algo que permanece, que siempre permanece, que soy yo, siempre yo mismo, que cambia de rostro, de voz, de andar, pero que permanece eternamente como un guardián incansable e inflexible. A su alrededor las cosas

desaparecen pero él no guarda recuerdo de ellas; en tomo suyo las cosas aparecen y él no retrocede… Ahora estoy cansado de vivir conmigo mismo, siempre.

Hace veinticuatro años que vivo en compañía de mí mismo. Ya basta: estoy definitivamente hastiado. ¿Solamente hastiado? ¡Mucho más todavía! Digan más bien que estoy disgustado, repugnado, nauseado de este yo con el cual he vivido veinticuatro años seguidos.

Creo, finalmente, tener el derecho de dejarlo. Cuando una casa ya no nos gusta podemos mudamos; cuando un instrumento no nos sirve más lo arrojamos al agua. ¿Y mi cuerpo no es acaso una casa, ya sea una cabaña o un templo? ¿Mi alma no es acaso un instrumento, ya sea una hoz o una lira?

Sin embargo, no puedo desalojarme de mi cuerpo ni puedo arrojar en un mar cualquiera mi alma. Cada vez que me aproximo a un espejo vuelvo a ver mi pálido y delgado rostro, con la boca semiabierta como sedienta de viento o hambrienta de presas, con los cabellos enmarañados y volubles como los de un salvaje, con los ojos color castaño crepuscular, en cuyo centro se abren las grandes pupilas negras como madrigueras de serpientes.

Y cada vez que paso revista a mi espíritu encuentro los queridos pero habituales conocidos: rostros que ríen burlonamente con desesperada ternura, rostros que lloran con algo de vergüenza, rostros misteriosos ocultos por mechones de cabellos muy negros, y a lo lejos ecos de estribillos rossinianos y de argucias de Diderot, de sinfonías beethovenianas y de versos de Lapo Gianni, de arias de Scarlatti y de apotegmas de Berkeley, cadencias de flautas que acompañan la danza de frívolas mujeres blancas, estruendos de órganos bajo grandes mosaicos de oro y violeta, y procesiones de patricios con vestiduras moradas a través de grandes salas, vacías y poco iluminadas.

Y muchas otras cosas encuentro y vuelvo a hallar en el alma que me fue tan querida, y que nutría con tanta abundancia y adornaba con tanto fasto. Pero es siempre *mi alma*: algo de lo que fue habita todavía en ella y nadie podrá afirmar que no haya estado allí nunca.

¿Quién me enseñará, pues, entre estos hombres amantes de los hogares y de las flores secas, a liberarme de mi cuerpo y de mi alma? ¿Quién podrá hacer de modo *que yo no sea más yo,* que me trasmute en otro, que ni siquiera pueda recordar al que soy ahora? ¿Quién puede, hombre o demonio, darme lo que pido con toda la desesperación de mi alma furiosa contra sí misma?

Un viejo demonio, hace poco, me sugirió brincando un viejo método: matarme. Pero no tengo ninguna fe en ese demonio. Lo conozco desde hace poco y tengo motivo para creer que está de acuerdo con sepultureros y grabadores con epitafios, ya que lo he visto muchas veces merodear en tomo de los cementerios. Y por otra parte, ¿de qué serviría? No tengo ninguna gana de aniquilarme, de cesar de vivir. Yo quiero ser, pero ser otra cosa; quiero vivir todavía, pero vivir otra vida. No tengo ninguna simpatía por el suicidio. Nunca quise demasiado a ese pobre diablo de Werther, que se mató por no haber encontrado una segunda muñeca rubia, y de ningún modo estimo a sus imitadores, que en general son todavía más deprimentes que aquel desgraciado sentimental de provincia alemana. Las pistolas, con sus caños relucientes que se adelantan estúpidamente en el aire, me parecen inútiles como instrumentos de laboratorio: el veneno me aburre, incluso en las novelas inglesas de intriga italiana, y en cuanto a la horca, la creo apenas digna del más harapiento de mis enemigos.

No tengo, pues, ninguna gana de *no ser*, pero sí una desesperada y prepotente voluntad de *ser de otro modo*, de ser *otro*. Y tengo también un desesperado deseo de *no ser lo que soy*, porque soy de tal manera que quiero *lo que no podré tener nunca*. Yo quiero no ser yo, porque sé que no podré nunca

no ser yo.
He aquí que he llegado al absurdo. He aquí que he llegado al momento en que *ninguno* puede saber lo que yo digo y lo que quiero. Ninguno sabrá jamás lo que está en mí, en estos terribles momentos. Ninguno, justamente ninguno: ni siquiera el más fino, el más psicólogo, el más stendhaliano de mis demonios familiares.
Él está aquí, a mi lado. Su cara está más roja, más hinchada que de costumbre y bajo su gorro de piel de lobo sus ojos entrecerrados y astutísimos me miran con una calma embarazosa. Ha visto lo que escribo y ha sonreído muchas veces con satisfacción indescriptible. Y ahora, en este momento, me dice con voz sarcásticamente acariciante: "Acuérdate, amigo, de aquel médico que buscaba a la mula mientras la cabalgaba. Esta noche te pareces a él. Anhelas ser otro. Pero quien tiene un deseo que nadie ha tenido, se encuentra ya, frente a los demás hombres, en el mejor camino para no ser lo que es. Y tú estás en este caso, miedoso y excelente amigo. Te hallas en el umbral de tu alma y quizás —¿quién lo sabe?—, quizás salgas de ella si no tienes demasiado temor de la oscuridad que hay afuera."
Y una vez pronunciadas estas palabras se fue a paso rápido, dejando en mi cuarto como un vago olor a incienso.

¿Quién eres?

El asunto empezó de un modo muy sencillo. Una mañana no recibí ni siquiera una carta. Hacía muchísimos años que no me ocurría eso y quedé sorprendido y amoscado. Me importaba enormemente la correspondencia, ya que es una de las pocas posibilidades de lo imprevisto que permanecen en nuestra existencia, y todos los días la esperaba con una ansiedad que se volvía casi febril cuando esperaba alguna respuesta importante. Ya fuesen cartas de mujeres lejanas que solicitan un amor inútil, o de desconocidos entusiastas que intentan hacernos penetrar en sus vidas, o de amigos olvidados que de improviso surgen del pasado y nos exponen los deseos y los arrepentimientos de las últimas etapas de la vida, o de descubridores y profetas provincianos que nos quieren imponer sus tonterías o bien esperan que las refutemos, o incluso de insignificantes hombres de negocios o de parientes de tercer grado, yo las leía todas con una enorme avidez. El examen de mi correspondencia diaria, que en aquel tiempo era bastante voluminosa, se había convertido en uno de mis grandes placeres.

¡Y aquella mañana no recibí una sola carta, un solo diario! La impresión fue penosa pero breve. Supuse que se trataba de una casualidad y que al día siguiente recibiría muchas más cartas que de ordinario.

Para distraerme, salí de casa. La ciudad era perfectamente igual a la del día anterior. Las calles estaban flanqueadas por las mismas casas y en los comercios habituales los mismos empleados vendían idénticos objetos a indefinidos compradores. Los carteles que veía comúnmente no registraban cambio alguno. Los carros que rodaban sobre el empedrado no diferían en nada de los que siempre había contemplado. Los hombres que se apresuraban aquí y allá estaban vestidos como de costumbre. Por primera vez experimenté cierta impresión de encarcelamiento frente a esta continuidad de cosas iguales. Pero pensé, en seguida, que mi impresión era estúpida y no supe hallar ninguna razón que justificara el hecho de encontrarme fuera de casa a esa hora. Decidí regresar y, cuando hube atravesado la plaza para dirigirme a la calle en que vivo, di con un viejo profesor que había conocido de niño y que a menudo se detenía a conversar conmigo acerca de sus teorías sobre la multiplicación artificial de las diferencias. Lo saludé quitándome el sombrero y llamándolo por su nombre, pero el viejo continuó su camino sin siquiera percatarse. Eché la culpa a su miopía y pensé, por otra parte, que estaba distraído y no le gustaría que lo abordara. Por eso no intenté seguirlo y volví a casa algo irritado por esta ocasión perdida de hallar distracción.

La jornada había comenzado mal y decidí no salir ya de casa. Me consolé saboreando con el pensamiento el placer de las innumerables cartas que me llegarían la mañana siguiente. Pasé la noche algo menos tranquilo que lo habitual pero por fin llegó la mañana. Esperé la hora del correo con ridícula impaciencia. Pasé cerca de media hora junto a la ventana para ver llegar al cartero. Por fin lo vi acercarse a mi casa pero *tampoco esa mañana había cartas para mí.*

Este repetido silencio de mis corresponsales me turbó muchísimo. Pasé todo el día dedicado a inventar pretextos, excusas, hipótesis para disminuir y explicar este hecho para mí gravísimo. Esperé una vez más el día siguiente. ¡Y llegó la nueva mañana y por tercera vez no había ninguna carta para mí! Entonces no me pude contener. Bajé a la calle; llamé al cartero —que fingió no reconocerme— y le hice revolver la cartera hasta el fondo para cerciorarme de que no había nada para mí. Se me

ocurrió entonces un extraño pensamiento: que hubiese una especie de conspiración en mi contra para separarme de mis amigos y que algún empleado postal fuera uno de los cómplices. Carecía en absoluto de indicio alguno acerca de los motivos de esta conspiración pero lo que me ocurría era tan extraño que, por fuerza, debía recurrir a suposiciones todavía más extrañas.

Por ello me dirigí al edificio central del correo, hablé con el director, hice realizar averiguaciones y no se halló nada anormal. Ninguno aparentaba conocerme y todos se sorprendieron mucho de mis sospechas.

Salí de allí deprimido y casi humillado y comencé a caminar al azar por la ciudad, atormentándome vanamente para comprender las razones del singular e imprevisto silencio que se había hecho a mi alrededor. Mientras paseaba encontré a un amigo del café con el cual bromeaba de buena gana en ciertas veladas invernales, cuando la niebla es tan densa que hasta el rostro de un imbécil nos reconforta. Me detuve ante él sonriendo pero él se apartó rápidamente y, luego de haberme arrojado una mirada de sorpresa, se alejó apurando el paso.

—¿Te has vuelto loco? —le grité furiosamente—. ¿Por qué no quieres hablarme?

No obtuve ninguna respuesta y él ni se volvió siquiera. Era famoso como uno de esos idiotas alegres que se creen divertidos y algunas de sus chanzas eran célebres. Supuse, pues, que quería reírse de mí fingiendo no reconocerme y continué caminando sin ocuparme más de él. Pero, al proseguir reflexionando sobre las causas del silencio universal que me rodeaba, no pude menos que pensar en las personas que no habían querido reconocerme. Sospeché que podía haber una relación entre los dos hechos, pero vi que de ese modo la cuestión se volvía más oscura y preferí creer que se trataba de una serie de casos independientes.

Volví a casa y escribí varias cartas solicitando cosas diversas con tal de obtener una respuesta, o bien preguntando por los motivos de su silencio a los que hubieran debido escribirme en esos días. Cuando las hube despachado, me quedé más tranquilo y me pareció entonces imposible que las cartas no continuaran llegando. Pero era necesario esperar por lo menos dos días y pensé ocuparlos íntegramente —para escapar de esa idea fija— en ciertas investigaciones históricas que debía realizar desde hacía mucho tiempo sobre la imprevista desaparición de la famosa ciudad de Semifonte.

Pasaron también, mejor que los anteriores, estos dos días, pero el tercero tampoco recibí nada, y preso de una tristeza profunda pensé en pedir consejo a uno de mis más queridos amigos, un estudiante de física que tocaba maravillosamente el violín. Fui inmediatamente a buscarlo. Me dijeron que estaba en casa y me hicieron pasar al estudio. Entró pocos momentos más tarde. Sin embargo, en lugar de estrecharme la mano, de sonreír y de preguntarme cómo me hallaba, se detuvo ante mí preguntándome:

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

La impresión que me causaron estas sencillas palabras fue terrible. En un segundo todos los hechos precedentes volvieron a mi memoria y una sospecha espantosa atravesó mi mente.

Pero fui lo suficientemente fuerte como para resistir todavía. Quise creer una vez más en una broma y dije, intentando sonreír:

—¿Estás enloquecido esta mañana? ¿Por qué finges no conocerme? No te hagas el tonto y convídame en seguida con un cigarrillo.

Mis palabras tuvieron un efecto opuesto al que yo esperaba. El rostro de mi amigo se volvió todavía más serio y vi que instintivamente ponía la mano en el bolsillo donde tenía habitualmente el revólver.
—Le digo —exclamó con voz enérgica— que no lo conozco y no comprendo sus palabras. Hágame el favor de decirme quién es usted o váyase.
Ante tanta tranquilidad me puse como loco. Comencé a rogarle, a repetirle cien veces mi nombre, a recordarle mil cosas que vimos juntos, a pedirle que me explicara qué le había hecho, por qué motivo deseaba aparentar que no me conocía y terminé por injuriarlo atrozmente ante la persistencia de sus negativas. Pero él se cansó pronto de la escena.
—Usted debe estar borracho o loco —me dijo duramente—. No llamaré a la policía para no tener trastornos pero mientras tanto usted se irá inmediatamente.
Me empujó fuera de la habitación, aferrándome fuertemente un brazo, y cerró la puerta dejándome fuera. Yo era más débil que él y, por otra parte, estaba confuso, abatido, entontecido y no supe siquiera resistirme.
Me arrastré dolorosamente a casa. Apenas llegué a mi cuarto corrí ante el espejo para ver si mi cara había cambiado, si mi aspecto se había modificado de improviso. Me miré largamente pero no logré descubrir la más mínima variación.
Me extendí sobre un diván con el único deseo de dormir y de sentirme aniquilado. Pero no llegué siquiera a cerrar los ojos.
Una idea fija se había apoderado íntegramente de mí: *Yo debía haber cometido sin darme cuenta algún repugnante delito y nadie quería ya tener trato conmigo*. Pero por más que pensaba no podía imaginarme cuál era ese delito. En ese entonces yo llevaba una vida perfectamente virtuosa. No jugaba, no tenía casi relaciones con mujeres, no pedía dinero a nadie. Mis únicos vicios eran el amor desmedido al café y a la filosofía india. Por lo que sabía, no había asesinado a nadie ni desvalijado ninguna casa.
Y sin embargo, algo debía haber ocurrido para que todos me huyeran, fingieran no conocerme o ni siquiera se atrevieran a escribirme. Esta sensación de un círculo de soledad que querían crear a mi alrededor me hizo estremecer.
Estaba a punto de ser expulsado de la sociedad de los vivos. Querían abolirme con el silencio; hacer de mí, socialmente, un ser inexistente, un muerto.
Pero yo quería ardientemente salir de esta incertidumbre dolorosa; quería conocer la causa por la que todos deseaban suprimirme de sus vidas.
Al anochecer, algo reanimado por algunas gotas de coñac, me dirigí al gran café donde muchos amigos míos se encontraban para discutir las habituales tonterías del día. Me encaminé derecho a la mesa ocupada ya por algunos de ellos. Todos me miraron un poco desconcertados y no me respondieron. Pero ahora yo me encontraba ya habituado a esa comedia y por lo tanto no me turbé demasiado.
—Veo —les dije con voz calma y uniforme— que también ustedes actúan como los otros y aparentan no conocerme. Justamente, he venido a verlos para que me digan la razón de esta extrañísima conducta. Debo haber cometido algo muy grave ya que hasta mis más viejos amigos me echan de su casa, pero les declaro sinceramente que no conozco absolutamente las acusaciones que me hacen. Díganme ustedes qué es lo que hice. Es la última prueba de amistad que les pido. Sea lo que fuere, no

vendré a importunarlos más con mi presencia ni con mi conversación.
Antes de que hubiese terminado de hablar me di cuenta de que la sorpresa de mis amigos había aumentado extraordinariamente. Uno de ellos comenzó a reír sin miramientos; otro —el más prudente — se levantó y se sentó a otra mesa. Yo esperaba la respuesta con tanta ansiedad que mi respiración se había vuelto agitada. Uno de ellos, finalmente, me dijo a quemarropa:
—Disculpe, pero ¿quién es usted?
—No prosigan, se lo ruego —añadí con voz temblorosa—; dejen de fingir por un momento. Díganme, en nombre del Señor, qué les hice, por qué motivo me tratan así. Díganme…
Pero no pude continuar. Todos estallaron en una sonora carcajada. No bien se calmaron, llamaron al camarero y se levantaron. Uno solo de ellos, un buen muchacho que tenía mucha simpatía por mí, se acercó y me dijo en voz baja:
—¿Quiere que lo acompañe a su casa?
Acepté el ofrecimiento y salí con él. Creí que por lo menos lo habría convencido para que me explicara algo, pero todo fue inútil. Me hablaba con mucha condescendencia, pero hasta el último momento no quiso confesarme que me conocía.
—Tenga la seguridad —me repetía— que usted no ha cometido nada o por lo menos ninguno de nosotros sabe nada. Es una idea que se le ha metido en la cabeza pero le pasará. Le aseguro que ni yo ni los demás lo conocemos y que no simulamos al preguntarle quién es usted. Trate de calmarse y si verdaderamente desea ser amigo mío vendré a verlo cuando quiera.
Al llegar a casa me expresó sus buenos deseos y me aconsejó que durmiera. Subí a mi pequeño cuarto y me desvestí sin darme cuenta. No logré, naturalmente, dormir. Mi situación era tan horrible que aún no podía acostumbrarme a considerarla real. Sentirse completamente solo en el mundo, abandonado de pronto por todos, bajo el peso de una vergüenza desconocida o de una condena silenciosa es algo más pavoroso y misterioso que la muerte. Yo no existía más para los hombres. Estaba solo y maldito. Yo era el mismo, pero todos los demás habían cambiado respecto a mí. Estaba solo, pero no sobre una isla o una balsa, como un Robinson o un náufrago, con la esperanza de la salvación o la visión del regreso, sino solo en medio de una gran ciudad, solo en medio de una multitud, solo en el centro de hombres que me rechazaban, me negaban, me expulsaban de sus vidas.
Al llegar la mañana comencé a dormir, pero comencé a soñar de tal manera que me desperté casi inmediatamente gritando y llorando horrorizado. No sé cómo tuve fuerzas para salir una vez más de casa.
La ciudad era siempre la misma, todo estaba como antes. Los hombres y las mujeres iban y venían, y cada tanto, como para contrariarme, pasaban junto a mí personas que yo conocía y ninguna de ellas me miraba, ninguna me sonreía, ninguna me saludaba. Yo era como un extranjero o llegado al azar ese día. Todo lo que a mí se refería había desaparecido de las mentes.
Yo no existía más en los otros, sino sólo en mí mismo. Me parecía que mi misma alma había sido amputada y que me restaba sólo un pedacito, un pequeño centro al cual podía dar todavía el nombre *Yo*. Me parecía que todos los que pasaban me pedían razón de mi existencia. Me parecía que de todas partes surgían voces urgentes y sorprendidas que preguntaban: "¿Quién es? ¿Quién es usted?"
Y la única variante residía en el pronombre —en el *usted* o en el *él*—, pero todos los que pasaban me arrojaban a la cara la cruel pregunta.

Entonces todas estas preguntas se fundieron como un coro, se volvieron una sola y enorme pregunta que yo mismo me hacía a mí mismo: *¿Quién eres?* ¿Cuándo había tratado de responder a esta pregunta? ¿Cuándo se me había ocurrido confesarme a mí mismo quién era yo? Sabía mi nombre, mi edad, mi patria, mi estatura; conocía algo mi rostro pero menos todavía mi alma. Del futuro, nada sabía; del pasado, no me quedaban más que pálidos bloques de recuerdos yuxtapuestos. Nunca había intentado descubrirme, conocer mi secreto, aseverar cuál era mi verdadero nombre, el nombre de mi raza y no el ficticio y ridículo que me impuso mi padre en la fuente bautismal.

¿Quién eres?, me pregunté finalmente, y apenas sentí la gravedad y la grandeza de esta pregunta el resto desapareció. No recordó ni los insultos ni las carcajadas ni el abandono de los otros.

Separado de ellos, me enfrenté conmigo mismo y quise olvidar todo lo que la costumbre y la opinión ajena habían hecho de mi alma. Había vivido hasta entonces de una cierta manera porque los otros me habían guiado o aconsejado, porque se habían formado ciertas ideas sobre mí que me desagradaba desmentir, porque me había encontrado en medio de hombres de quienes, sin darme cuenta, había imitado sus gustos y adoptado sus valores. Ahora ellos renegaban de mí y afirmaban no conocerme, mientras yo renegaba de lo que había en mí de ellos y no quería reconocer como mío lo que ellos me habían impuesto. Y sin miedo, me preguntaba a mí mismo: *¿Quién eres?*

Todas las otras voces se habían callado. Solamente mi pregunta me llenaba el alma. Y durante muchos días viví como en un sueño buscando fatigosamente el hallazgo de una respuesta segura.

Una noche, mientras soñaba con una multitud de ciegos que caminaban por un prado cubierto de espesas hierbas, insensiblemente, la respuesta surgió de improviso.

Yo soy alguien para quien los otros no existen . Esta ceguera, esta amnesia de los hombres hacia mí había sido un examen que de ninguna otra manera hubiera podido aprobar. Los hombres no me conocían más pero yo no había sido suprimido. Había vuelto a encontrarme a mí mismo y ahora podía recomenzar mi vida y conocer otros hombres, ya sin temores.

Por la mañana, al despertarme, me sentía feliz como un niño convaleciente. Una curiosa sorpresa me esperaba. El cartero me entregó un gran envío de correspondencia, en la que hallé lo que esperaba desde la primera mañana de silencio. Al anochecer, en el café, mis amigos me acogieron como de costumbre y no hicieron la más pequeña alusión al encuentro de pocas noches antes. Entre ellos estaba el estudiante de física que me había echado de su casa, quien estuvo más expansivo conmigo que de costumbre. Pronto me cansé de su compañía y los abandoné. Afuera encontré otra gente que me saludaba como antes y me hablaba con su habitual cordialidad. Había reingresado en el mundo. Los hombres me aceptaban una vez más y sin embargo yo sentía una curiosa fatiga de su compañía, tenía como la sensación de haber regresado de algún país lejano y de haber perdido el gusto de todo lo que veía.

Jamás, después de esa época, he podido explicarme la razón de aquella pausa de mi vida, en la cual aparecí ante los demás como un mentecato forastero. Alguna vez pienso que en el tiempo debe haber desgarrones y que solamente yo he vivido en esos días, como en un intervalo, sin que los otros lo advirtieran. ¿Pero por qué parecían vivir como viven siempre y como viven todavía hoy? Esa zona de misterio, esa interrupción negra que hay en mi vida tan común me ha perturbado siempre y me perturba todavía más escribiendo este relato. Incluso en este momento, media hora después de la medianoche, mientras escribo en mi cuarto en un silencio lleno de hálitos y de latidos levísimos me

parece estar solo, irremediablemente solo entre los hombres, en medio del mundo: un alma única en el centro del universo. En efecto…

El mendigo de almas

Había gastado, en las primeras horas de la noche, los últimos cinco céntimos que me quedaban para un café, sin que la habitual bebida me hubiese dado la inspiración que buscaba y de la cual tenía urgente necesidad En aquellos tiempos padecía casi siempre de hambre, hambre de pan y de gloria, y ningún padre ni hermano existían para mí en el mundo. El director de una revista —un hombrón pálido y taciturno—, aceptaba mis cuentos cuando no tenía nada mejor que publicar y me daba cada vez cincuenta liras, ni más ni menos, cualesquiera fuesen el valor y la extensión de lo que le llevaba. En aquella noche de enero el espacio estaba lleno de viento y de campanas; de un viento nervioso y gruñón y de campanas horriblemente monótonas. Había entrado en el gran café (luz blanca, caras soñolientas) y había vaciado lentamente mi taza, esforzándome por despertar en mi cerebro la reminiscencia de alguna curiosa aventura, obstinándome en aguijonear mi imaginación para que creara una historia cualquiera que me diese de vivir por algunos días. Tenía necesidad de escribir un cuento esa noche misma para llevárselo a la mañana siguiente al director, quien me anticiparía lo suficiente como para poder comer hasta saciarme. Por lo tanto, me hallaba dolorosamente atento al río de mis pensamientos, pronto a saltar sobre la primera idea, la imagen inicial que se prestara a llenar el montoncito de hojas blancas ya numeradas dispuesto ante mí. Pasaron así cuatro horas y cuarto de inútil y nerviosa espera. Mi alma estaba vacía, mi imaginación lenta, mi cerebro cansado. Renuncié: puse sobre la mesa las últimas monedas y salí. No bien estuve fuera, una frase imprevista se apoderó de mi mente —una frase que había escuchado repetir muchas veces y cuyo autor no recordaba. “Si un hombre cualquiera, incluso el más simple, supiese narrar su vida entera construiría una de las más grandes novelas que se hayan escrito nunca.” Durante cerca de diez minutos esta frase ocupó y dominó mi mente sin que yo fuera capaz de extraer de ella ninguna consecuencia. Pero cuando estuve cerca de casa me detuve y de improviso me pregunté:

“¿Por qué no hacer esto? ¿Por qué no contar la vida de un hombre cualquiera, un hombre verdadero, del primer hombre común con que tropiece? Yo no soy un hombre común y, por otra parte, he contado mi vida tantas veces en mis cuentos que no sabría qué cosa nueva agregar. Es necesario que yo encuentre ahora, inmediatamente, a un hombre cualquiera, alguien que no conozca, un hombre normal, y que lo fuerce a decirme quién es y qué ha hecho. ¡Esta noche tengo absolutamente necesidad de una vida humana! ¡No quiero pedir a nadie una limosna en dinero pero pediré y exigiré por la fuerza una limosna biográfica!” Este proyecto era tan simple y singular que decidí ejecutarlo en seguida. Volví la espalda a mi casa y me dirigí hacia el centro de la ciudad, donde en esa hora tardía aún podría encontrar hombres. Y así marché, nuevo y extraño mendigo, en busca de la víctima que usufructuaría. Caminé rápidamente, mirando hacia adelante, clavando la mirada en el rostro de los transeúntes y tratando de elegir bien a quien debía saciar mi hambre. Como un ladrón nocturno o un agresor ratero me situé al acecho en una encrucijada y esperé el paso de un hombre cualquiera, el hombre común a quien implorar la caridad de una confesión.

Al primero que pasó bajo el farol —estaba solo y me pareció de mediana edad—, no quise detenerlo porque su cara surcada por extrañas arrugas era demasiado interesante y yo quería realizar la experiencia en las condiciones menos favorables. Pasó también un jovencito envuelto en un gabán, pero sus cabellos revoloteantes y sus ojos de mascador de hashish me detuvieron porque adiviné en

él a un soñador, un fantasioso, un alma no suficientemente usual y común. El tercero que pasó, viejo y completamente lampiño, canturreaba para sí, con inflexiones melancólicas, un motivo popular español que debía recordarle toda una vida plena de sol y de amor, una vida dorada, báquica, meridional. Tampoco él me servía y no lo detuve.

Yo mismo no sé recordar con exactitud mi exasperación de esos momentos. Imaginen a este singular bandolero mendicante, hambriento, excitado, que espera en una encrucijada a un hombre que no conoce, que desea escuchar una vida que ignora, que arde en el deseo de arrojarse sobre una presa desconocida. Y como por un absurdo y despectivo azar los hombres que pasan no son los que él busca: son hombres que llevan en la cara los signos de su originalidad y de su vida fuera de lo ordinario. ¡Cuánto habría dado en esos instantes para ver ante mí a uno de aquellos innumerables filisteos de rostros rosados y tranquilos como los de los cerdos jóvenes que me habían provocado náuseas o divertido tantas veces! En esa época yo era empecinado y animoso y esperé todavía bajo el farol que a ratos se oscurecía o resplandecía según los vaivenes del viento. Las calles estaban ya desiertas a esa hora y el viento había alejado a los noctámbulos. Sólo algunas sombras presurosas animaban la ciudad. Una de ellas pasó finalmente bajo el farol donde esperaba e inmediatamente vi que me servía. Era un hombre ni joven ni viejo, ni demasiado buen mozo ni desagradable de rostro, de ojos calmos, bigotes bien rizados y cubierto de un pesado gabán en buen estado.

No bien pasó a mi lado di algunos pasos y lo detuve. El hombre se echó hacia atrás del susto y levantó un brazo como para defenderse, pero lo calmé en seguida:

—No tema usted nada, señor —le dije con mi voz más suave—; no soy ningún ladrón ni tampoco un mendigo. Un mendigo, en realidad, sí, pero no pido monedas. No le pediré más que una cosa y que no le costará nada: el relato de su vida.

El hombre abrió desmesuradamente sus ojos y nuevamente se echó hacia atrás. Advertí que me creía loco y por eso continué con la mayor calma:

—No soy lo que usted cree, no estoy loco. Soy solamente algo parecido, o sea un escritor. Debo escribir para mañana un cuento y este cuento me salvará del hambre, y quiero que me diga quién es y cuál ha sido su vida hasta ahora para que con ella pueda tejer el argumento de mi relato. Tengo una total necesidad de usted, de su confesión, de su vida. No me niegue esta gracia, no rehúse ayudar a un miserable. ¡Usted es lo que yo buscaba y con la materia que me dé quizás escriba mi obra maestra!

Al oír estas palabras el hombre pareció conmoverse y no me miró ya con miedo, sino más bien con piedad.

—Si mi vida le es tan necesaria —dijo—, no tengo ninguna dificultad en contársela, tanto más que es de una simpleza absoluta. Nací hace treinta y cinco años de padres acomodados, honestos y bien pensantes. Mi padre era empleado, mi madre tenía una pequeña renta. Fui hijo único y a los seis años comencé a ir a la escuela. A los once completé los estudios primarios sin que hubiese estudiado mucho o muy poco. A esa edad ingresé en la escuela preparatoria, a los dieciséis en el liceo, a los diecinueve en la universidad, a los veinticuatro me gradué, siempre sin dar pruebas de inteligencia demasiado brillante o de necedad irremediable. Cuando obtuve el título mi padre me consiguió un empleo en el ferrocarril y me presentó a mi prometida. El empleo me absorbe ocho horas diarias y no requiere más que un poco de memoria y de paciencia. Cada seis años mi sueldo aumenta automáticamente en doscientas liras. Sé que a los 64 años tendré una jubilación de 3.453 liras y 62

centavos. Mi prometida me convenía y me casé con ella al año. Nunca hubo entre nosotros inútiles sentimentalismos. Iba a visitarla tres veces por semana y dos veces al año —para su cumpleaños y en Navidad— le llevaba sendos regalos y le daba dos besos. De ella he tenido dos hijos: un varón y una niña. El varón tiene diez años y será ingeniero; la niña tiene nueve y será maestra. Vivo tranquilo, sin sobresaltos y sin deseos. Me levanto todas las mañanas a las ocho y a las nueve, por la noche, voy a un café donde hablo de la lluvia y de la nieve, de la guerra y del gobierno con cuatro compañeros de la oficina. Y ahora que le he contestado, déjeme irme porque han pasado diez minutos de la hora en que debo regresar a casa.

Y dicho esto, con gran calma el hombre hizo ademán de irse. Quedé por un momento perturbado por el miedo. Aquella vida monótona, común, regular, prevista, medida, vacía me llenó de una tristeza tan aguda, de un temor tan intenso que casi estuve a punto de romper en llanto y escapar. Y sin embargo, me demoré todavía. "¡He aquí —me dije— el famoso hombre normal y común en nombre del cual los médicos austeros nos desprecian y nos condenan como dementes y degenerados! Aquí está el hombre modelo, el hombre tipo, el verdadero héroe de nuestros días, la pequeña rueda de la gran máquina, la piedrecita de la gran muralla; el hombre que no se nutre de sueños malsanos ni de locas fantasías. Este hombre que yo creía imposible, inexistente, imaginario está ante mí, medroso y terrible en la inconsciencia de su incolora felicidad." Pero el hombre no esperó al término de mis pensamientos y se adelantó para irse. Todavía aterrorizado, pero con obstinación lo seguí y le pregunté:

—¿Es verdad, no hay nada más en su vida? ¿Nunca le sucedió nada? ¿Ninguno ha tratado de matarlo? ¿Su mujer no lo ha traicionado? ¿Sus jefes no lo han perseguido?

—Nada de eso me ha ocurrido —respondió con una cortesía algo molesta—, nada de lo que me dice. Mi vida ha transcurrido en calma, igual, regular, sin demasiadas alegrías, sin grandes dolores, sin aventuras…

—¿Sin ninguna aventura, señor —lo interrumpí—, por lo menos una? Trate de recordar bien, busque en su memoria; no puedo creer que no le haya sucedido nada, nunca, siquiera una sola vez. ¡Su vida sería verdaderamente demasiado horrible!

—Le aseguro que no he tenido nunca ninguna aventura —respondió el Hombre Común con un esfuerzo extremo de gentileza—, por lo menos hasta esta noche. Mi encuentro con usted, señor novelista, ha sido mi primera aventura. Si tiene necesidad de ella, cuéntela.

Y sin darme tiempo para contestarle se fue tocándose ligeramente el ala del sombrero. Yo permanecí todavía algunos momentos parado en ese lugar como bajo la pesadilla de una cosa increíble. Volví por la mañana a mi cuarto y no escribí el cuento. Desde esa noche no logro más reírme de los hombres comunes.

El suicida sustituto

Era inútil. Cada esfuerzo parecía agravar el inconveniente. El sombrerito de paño no quería cubrir adecuadamente aquella vergonzosa calvicie, surcada por escasos cabellos estirados que el peluquero extendía tres veces por semana a través del cráneo, última barrera de toda ilusión absalónica. Los manotazos que llevaban al sombrerito de derecha a izquierda eran, según la tácita opinión del matemático presente, un puro derroche de energía. Mi pobre amigo estaba más nervioso que los otros días. Una sola taza de café —¡y de qué miserable café!— lo había reducido a ese estado. No podía estar quieto: la silla se agitaba debajo de él con graves crujidos y bruscos estruendos sofocados por el piso. Los cigarrillos —había fumado dos paquetes en pocas horas—, le habían dado una especie de delirio confabulatorio que comenzaba a preocuparme. Desde muy temprano, cuando llegué a la ciudad, no tuve ánimo para dejarlo solo. Probablemente sufría, pero no quería hablar del motivo de su sufrimiento.

Viéndolo allí, en el café, con el lápiz en la mano, los ojos extraviados, el sombrero sobre una pared y el cigarrillo apagado, que surgía oblicuo y cayéndose de uno de los ángulos de los labios morados, daba casi miedo y ya el camarero, en secreto, me había pedido al oído que lo llevara a casa.

Se lo propuse.

—¿A casa? —me dijo, mirándome de través—. ¿Y dónde está mi casa? No tengo una piedra donde apoyar mi cabeza.

Estas últimas palabras las pronunció sonriendo levemente, pero de inmediato retomó su acento trágico.

—¿Por qué —continuó— no se puede tener el derecho de repetir las palabras de Cristo? ¿No somos hijos del hombre como él? ¿No debemos beber la hiel como él? Y si alguna vez lo quisiera ¿no podría ser torturado como él?

El matemático, que hasta entonces no había abierto la boca más que para sorber su cafecito, se volvió hacia mí y dejó caer una breve sentencia como desde lo alto de la sabiduría:

—¡Literatura!

Mi amigo no contestó. Se tocó nuevamente el pobre sombrero y llamó en voz alta:

—¡Muchacho!

Entró el chico vestido de rojo; tenía una ancha boca de batracio.

—¡Una vela encendida!

Cuando le colocaron la vela delante, apoyó la mano sobre la llama apretando los labios.

—¿Qué haces?

Traté de retirarle el brazo, pero se defendió con el otro y mantuvo la mano curvada sobre el fuego. Los parroquianos del café fijaron su atención en nosotros y miraban: el propio dueño acudió, profundamente serio y con los ojos que parecían salírsele de las órbitas, sin saber qué decir. El matemático miró el reloj. Empezamos a sentir olor a quemado. Algunas personas se levantaron murmurando que era una porquería y se fueron sin pagar.

Le di un nuevo sacudón al brazo y apagué la vela. Mi amigo extrajo el pañuelo, se vendó la mano ennegrecida y dijo con voz furiosa:

—Lo hice para contestarle a ese imbécil.

Y se levantó. Dejamos el café en medio del vocerío de los espectadores. Hubo quien hablaba de llamar a la policía o a un médico. Una señora afirmaba con énfasis:
—¡Es un faquir! ¡Es un faquir!
Dejamos las calles del centro en silencio y atravesamos el puente para subir a la colina que tantas veces había hospedado nuestros entusiastas conciliábulos. El sol esparcía relámpagos desde el oro de la basílica y en medio de la fachada el enorme Cristo de mosaico, de cabellos negros y dilatados ojos, contemplaba duramente a la ciudad baja, extendida a sus pies, que no hacía caso de él.
Pero no llegamos hasta arriba. Dejamos la alameda y tomamos por una calle secundaria que lleva al prado de los olivos. Sobre el césped cortado se levantaban como siempre los horadados muros republicanos y arriba, en lo alto, las cruces de mármol blanco del cementerio de lujo. Sentada al pie de un árbol una vieja de chal rojo se peinaba con recogimiento, observando cada tanto el peine con singular atención.
—Detengámoslos aquí —dijo mi amigo—. No tengo ganas de caminar y querría decirte algo.
Nos sentamos como pudimos sobre las piedras que flanquean el sendero. Se escuchaba el chirrido del tranvía en la curva de la avenida y la voz de una niña que llamaba insistentemente a alguien. Mi pobre amigo parecía bastante calmado bajo la suave brisa que se explayaba en ese solitario rincón. Se tocaba por momentos la mano quemada y si alguna lágrima involuntaria no hubiese brillado entre las pestañas, se hubiera dicho que era un hombre como todos los demás. Ahora se le había pasado la vergüenza: había tirado el sombrerito de paño y su cabeza oblonga, desnuda en el centro y sobre la frente, totalmente roja por la congestión, se refrescaba bajo la brisa crepuscular.
—¿Sabes cuándo he nacido? —me preguntó luego de un largo rato de silencio.
—Sé que tienes treinta y dos años ya cumplidos, pero el día de tu nacimiento lo ignoro.
—Pasado mañana terminan mis treinta y tres años.
Dijo estas palabras en voz baja como si me revelara un gran secreto.
—¿Y eso que quiere decir? —respondí con mi habitual estupidez antisentimental—. El tiempo pasa para todos, y al fin de cuentas todavía no eres viejo.
¡Qué desprecio vi en sus ojos grises! Lo recuerdo en este momento como no lo había visto nunca hasta entonces. No había advertido jamás el poderío de su mirada.
—Escucha —agregó—, tú no entiendes nada. Esperaba que pudieras comprender algo más que los otros y todavía no he perdido la esperanza. Te juro que haré todo lo posible, hasta la última gota de sangre, ¿comprendes?, para salvarte.
—¡Pero explícate de una buena vez! —repliqué entre fastidiado y ofendido—. Hoy no has hecho más que hablar de todo un poco sin sentido, y de todo has hablado mal sin dejarme meter baza. Hace un rato, en el café, has cometido esa triste payasada para molestar a un hombre que no tiene ninguna importancia. Ahora me sales con razonamientos misteriosos y enigmas sin sentido. ¿Qué quieres? ¿Quieres salvarme? ¿Y de quién? ¡Hablemos claro, de una vez por todas!
—Escúchame —contestó con voz cambiada y casi patética—; tú sabes que siempre te he querido y que has sido el único hombre del cual he esperado algo. Siempre me he franqueado contigo, no del todo, pero mucho más que con los otros. Muchas veces elegí tu compañía, te escribí cartas que no puedes haber olvidado. Ahora te escojo una vez más para esta última confesión y tú quieres hacerme sentir a la fuerza que no eres digno de ella. Pero no tengo tiempo que perder y no te dejo. No creas

que me hago el loco y el enigmático para hacerme el interesante. Otras veces lo hice porque un poco de charlatanería bien manejada ayuda hasta a un genio, pero hoy no tengo ganas. Te hablaré lo más francamente que puedo. Ya te dije que dentro de dos días terminan mis treinta y tres años. No lo recordé para hacer literatura nostálgica cuando se nos va la juventud. Para mí, ésta es una fecha importante. Para los otros hombres el pasar de los treinta y tres a los treinta y cuatro no significa nada. Es el cambio de una cifra y nada más. Para mí, sin embargo, se trata de un momento extremadamente grave. Treinta y tres años constituyen para mí la edad sagrada, divina, perfecta. A mi parecer, quien no ha demostrado su capacidad de grandeza hasta entonces no hará nunca nada bueno, aunque viviese mil años. Los que no han demostrado a los treinta y tres años su genio o no dieron indicios ciertos de lo que puede esperarse de ellos en un futuro próximo tienen un definido y terrible deber. A los treinta y tres años fue muerto Jesús. Esta es la edad clásica y solemne del sacrificio supremo. Quien no ha podido dar su alma a los hombres debe darles por lo menos su vida. Yo me encuentro en esta circunstancia. Durante muchos años pensé hacer algo superior a lo que hicieron los demás y me he arrastrado detrás de mi estéril inconformismo hasta este momento, esperando siempre el milagro y confiando en el futuro. Ahora estoy condenado y renuncio a todo. Troncharé mi existencia perfectamente inútil. Terminaré en un mismo día mis años y mi vida. Estoy decidido firmemente a este final y nadie podrá disuadirme. Me sacrificare también yo por alguien y mi muerte no será vana como fue mi nacimiento. Óyeme bien, porque se trata de ti. Me mataré justamente por ti, me mato en tu lugar, abandono mi vida para salvar la tuya.

Como te dije, eres el único hombre en el que tuve esperanzas. Últimamente hubiese querido que tú hicieras lo que yo no podía hacer, que te convirtieras en aquel que yo no había podido ser. Hay en ti momentos y gérmenes de genialidad, síntomas de una profunda diferencia con los otros. Tuve y tengo esperanza en ti, aunque no quieras entender lo que digo ni lo que espero. Desde hace algún tiempo llevas una vida que me desagrada. No lees más, no trabajas, no vienes a buscarme. Te has juntado con imbéciles y lo que escribes es pura chapucería de salón, de café, fría, sin nervio. No te veo ir más al campo, pero sé que frecuentas muchas mujeres; no te encuentro más solo, siempre acompañado de hombres de los que deberías huir como de la peste. No eres más el que eras: todas tus ambiciones han caído como alas rotas; miras más en ganar que en asombrar, buscas más bien vivir cómodo que ascender. Nunca te dije estas cosas tan crudamente, pero ahora las oyes de un moribundo que te estima. Por eso he pensado hacer una última y desesperada tentativa para salvarte. Debo morir pasado mañana, de todos modos, pero quiero que sepas que muero por ti. Estás demasiado aferrado a la vida y no tienes el valor de matarte. Tras la caída de estos últimos meses, si tú volvieras a pensar en lo que has sido y en lo que deseabas ser deberías matarte, pero sé que no lo harás.

Yo tomaré tu lugar y cargaré también con tus pecados. No pudiendo soportar más el espectáculo penoso de tu olvido de ti mismo, hago lo que deberías hacer y no te atreves. Me mato con la esperanza de que mi sacrificio por ti sacuda de tal manera tu alma que logre sacarla a flote y cambie su esencia hasta su muerte.

Nada se obtiene sin sacrificio, sin sangre. Yo me sacrifico por ti; mi sangre la derramo en aras de tu grandeza. También yo, como Jesús a los treinta y tres años, marcho voluntariamente al suplicio extremo. Él murió para salvar a todos los hombres; yo, que no soy Dios, muero para salvar a uno

solo. Esperemos que mi holocausto sea más afortunado que el suyo. Puede ser que yo me engañe y que tú estés ya tan enfangado en la mediocridad que ni siquiera la impresión que te cause mi muerte pueda enderezarte y hacer que recuerdes tu verdadero yo. Pero quiero esperar hasta el final. Cuando sepas que un hombre que tú estimabas se mató por la pena de verte tan bajo y por la esperanza de devolverte a tu verdadero destino, quizás no sonrías más como en este momento. Yo no bromeo. Dentro de dos días te enterarás si me he comportado como un payaso o si te he dado verdaderamente la máxima prueba de amor que un hombre puede dar a otro hombre.

No lo interrumpí hasta ese momento y escuché el largo discurso sin poder menos que sonreír tontamente cada tanto. Pero algo quería decir también yo. No puedo olvidar la lógica ni siquiera en los más graves momentos.

—Perdona —le dije con tranquila ironía—; no he comprendido bien si te matas porque no has sido capaz de hacer nada o porque quieres forzarme a hacer algo. En el primer caso, no tengo ninguna razón especial para conmoverme o estremecerme; en el segundo, aguardaré la experiencia, si es que has hablado seriamente.

¡Ojalá no lo hubiese dicho! Mi amigo, sin mirarme siquiera, se acomodó en la cabeza el sombrero de fieltro y se alejó inmediatamente de mí, agitando convulsivamente la mano envuelta en el pañuelo. Intenté seguirlo, pero la noche caía y algo de niebla ofuscaba ya las alamedas desiertas. El desdichado corría desesperadamente con su andar desgarbado de hombre cansado. En uno de los recodos lo perdí de vista y no pude saber dónde había entrado. ¿Qué podía hacer? La famosa fecha ha pasado y nunca más he vuelto a verlo.

El espejo que huye

Una imposible mañana de invierno, en una estación muy conocida, un hombre que no conozco —de sobretodo, con dos violetas en el ojal— quería demostrarme que los hombres son felices, que la vida es grande, que el mundo es hermoso. Yo lo escuchaba con interés, sacudiendo a cada momento la ceniza de mi cigarrillo que el viento consumía sin que nunca lo llevara a la boca. Lo escuchaba sonriendo y el Hombre que no conozco se acaloraba cada vez más y del *humour* pasaba al sentimiento, al entusiasmo y al delirio. La fuga de sus palabras rápidas, fluyentes, firmes, como si hubieran sido fundidas en ese instante, acuñadas de nuevo en algún sitio hacía poco tiempo, me llenaba de una ebriedad muy similar a la que provoca el champaña. Algo picante y saltarín, un deseo de abrazar y de llorar, de danzar, de reír de improviso…

En cierto momento su voz me dijo:

—Medite, señor, medite en la grandeza del progreso que se desarrolla bajo nuestros ojos; en el progreso que lleva a los hombres desde el pasado hasta el futuro, desde lo que ya no es más hasta lo que todavía no es, de lo que se recuerda a lo que se espera. Los salvajes no prevén el futuro, no piensan en el porvenir; no prevén ni proveen. Pero nosotros, hombres civilizados, hombres nuevos, vivimos para el futuro y a merced del futuro. Nuestra vida entera se tiende hacia lo que debe venir, está construida en previsión de lo que ocurrirá. Nuestros hombres consagran el presente al mañana (siempre, porque todo presente pasa al mañana que pasará), respetuosa y valerosamente.

"Este enorme progreso del espíritu profético es lo que hace desvanecer los peligros, lo que pone en nuestras manos las fuerzas, lo que hace descubrir nuevas posibilidades, lo que nos vuelve dueños de la tierra, del mar y del cielo y de una cosa que vale más que todo eso, oh señor: ¡de nosotros mismos!"

Pero en ese momento un tren expreso llegó a la estación. Su estruendo solemne en el cruce de las vías, su breve silbato, decidido, irritado, interrumpieron el discurso del Hombre que no conozco. Cuando el tren se calmó y no se oyeron más que sordos bufidos de la locomotora y los viajeros escaparon, el Hombre quiso todavía continuar pero yo me anticipé:

—Señor Hombre —le dije—, este tren que acaba de llegar, ¿no le ha sugerido nada que se relacione con nuestra circunstancia? ¿No ha entendido su respuesta? ¿Quiere que se la repita yo, humilde traductor, ya que puedo traducir el idioma de los trenes y de muchas otras cosas? Hasta hace pocos minutos este tren corría a una velocidad media de ochenta kilómetros por hora, pequeño mundo apiñado e iluminado a través del campo solitario y neblinoso. Y he aquí que de pronto se detiene y los habitantes de esta pequeña ciudad en fuga han desaparecido y el maquinista se seca la frente con aire poco satisfecho. Las ruedas se han detenido perezosamente sobre los rieles y los vagones vacíos y oscuros añoran las charlas de los pasajeros y las valijas multicolores. Así termina una fuga cuando se viaja sobre rieles. Pero dejemos el tren y volvamos a los hombres. En este momento se me ocurre algo absurdo y se lo digo a usted, señor Hombre, y lo digo porque no hay aquí multitudes que puedan escucharme. Si estuvieran aquí todos los que yo deseo, les diría:

"Imaginad, humanos, una cosa imposible, absurda, loca, increíble y espantosa. Imaginad que todo el mundo se detuviese de improviso, en un instante dado, y que todas las cosas permanecieran en el sitio en que estaban y que todos los hombres se volvieran inmóviles, como estatuas, en la actitud en

que estaban en ese instante, en la acción que se hallaban ejecutando… Si esto ocurriera y si a pesar de todo ello continuara todavía funcionando en los hombres el pensamiento, y pudieran recordar y juzgar lo que hicieron y lo que estaban haciendo, y pudieran examinar todo lo que realizaron desde su nacimiento y meditar en lo que deseaban realizar antes de morir, ¡imaginaos cuánta desesperación ardería bajo el trágico silencio de ese mundo detenido de improviso!

"No sé si tendréis el valor de escuchar lo horrible que sería. Esforzaos por unos instantes en ver a todos estos hombres inmovilizados mientras se hallaban dedicados a su tarea, anhelantes detrás de sus sueños, instigados por sus sucias pasiones, rudamente empujados por sus deseos. Vedlos esparcidos por el mundo, como suspendidos por una catástrofe que los trasmutara en fantoches pensantes, en estatuas desesperadas. Vedlos en las más repugnantes posiciones y en las más ridículas, en las más cansadoras y en las más estúpidas. He aquí al hombre sorprendido en medio de un pesado sueño con la boca semiabierta como un cadáver borracho; al hombre en el acto amoroso, extendido como una bestia jadeante sobre la mujer de párpados cerrados; al hombre que robaba en las tinieblas con falsa mirada y la lámpara que nunca más se apagará; al juez vestido de negro que dispensa el infierno y la sangre desde su alto sitial; al miserable que se arrastra por el fango de la ciudad buscando un hueso y una moneda; a la mujer que sonríe lascivamente con su rostro empolvado, en postura insinuante; al mercader de manos huesudas que gesticula para lograr diez centavos más; al campesino afanado con la aguijada en la mano tendida hacia los inmóviles bueyes; al elegante orador detenido en medio de una sonrisa y de un cumplido; al soldado que se hallaba con la bayoneta calada ante una puerta cerrada, y al homicida que preparaba sus venenos en una buhardilla, y al obrero soñoliento curvado sobre las enormes máquinas grasientas, inmóviles y siniestras, y al científico que no puede separar el ojo cansado del microscopio donde han interrumpido su danza los monstruos invisibles…

"Imaginad ahora, si vuestro ánimo resiste, los pensamientos de todos estos hombres condenados en un mismo instante ante la conciencia de su muerte. ¿Creéis vosotros que habrá un *solo* hombre —uno solo, ¿entendéis?—, uno *solo* que esté contento y satisfecho de ese momento en que el destino lo ha vuelto inmóvil? ¿Creéis que para uno solo de estos hombres sería ése el momento de Fausto, el momento hermoso que querríamos detener, fijar y conservar para la eternidad? ¡Vosotros no creéis realmente esto, no podéis creerlo!

"El señor Hombre —usted, aquí presente, delante de mí— ha dicho una gran y tremenda verdad. Los hombres piensan en el futuro, viven para el futuro, consagran perpetuamente sus días actuales a los mañanas venideros. Todo hombre no vive más que para aquello que prevé, aguarda y espera. Toda su vida está hecha de manera que cada instante tiene valor para él solamente en cuanto él sabe que ese instante prepara un instante sucesivo, cada hora una hora, que vendrá, cada día un día que seguirá. Toda su vida está hecha de sueños, de ideales, de proyectos, de expectativas; todo su presente está hecho de pensamientos en tomo a su futuro. Todo lo que es, lo que está presente, nos parece oscuro, mezquino, insuficiente, inferior, y nosotros nos consolamos solamente pensando que todo este presente no es sino un prólogo, un largo y aburrido prólogo, a la hermosa novela del porvenir. Todos los hombres, lo sepan o no, viven gracias a esta fe. Si de pronto se les dijese que dentro de una hora todos morirán, todo lo que hacen y lo que hicieron no tendría para ellos ningún placer, ni sabor y valor algunos. Sin el espejo del futuro la realidad actual parecería torpe, sucia, insignificante. Sin el

mañana que permite esperar los desquites, las victorias, las ascensiones, las promociones y los aumentos, las conquistas y los olvidos, los hombres no consentirían más en seguir viviendo. Sin el lejano perfume del mañana no querrían comer el negro pan del hoy.

"Pensad, pues, en estos hombres detenidos de pronto, que no pueden actuar más pero que todavía piensan. Imaginad a estos hombres prisioneros de un eterno hoy, sin la liberación de la conciencia. ¿Qué pensarán estos hombres? ¡Qué dolor atroz debe roer sus vísceras y amputar sus nervios! Inmóviles en sus posiciones vergonzosas y delictivas, tristes e idiotas, sin posibilidades de esperanza, sin luz de sueños, sin dulzura de proyectos, con las alas tronchadas, las piernas atadas, las manos encadenadas, como una enorme multitud de prisioneros al estilo de Miguel Angel, reducidos a las ataduras de sus vidas mezquinas, melancólicas, repugnantes; ataduras de esa vida que soportaban solamente con la esperanza y la expectativa de vidas más bellas y más grandes: ellos, esos condenados a la perpetua inacción, reconocerán con infinita rabia la absurda estupidez de su vida anterior. Pensarán que *todo el presente era sacrificado por ellos en pos de un futuro, que a su vez se volvería presente y sería sacrificado a su vez por otro futuro y así hasta el último presente, hasta la muerte*. Todo el valor del hoy estaba en el mañana y el mañana valía solamente por otro mañana y así llegaba el último hoy, el hoy definitivo, y así la vida entera había transcurrido para preparar de día en día, de hora en hora, de momento en momento lo que no llega nunca. Y ellos descubrirán esta tremenda cosa: que *el futuro no existe como futuro*, que el futuro no es más que una creación y una parte del presente y que soportar la vida inquieta, la vida triste, la vida doliente por este futuro que de día en día huye y se aleja es la más dolorosa necedad de esta estúpida vida.

"Humanos, nosotros perdemos la vida por la muerte; consumimos lo real por lo imaginario, valoramos los días sólo porque nos conducen a días que no tendrán otro valor que el de traernos otros días idénticos a ellos… ¡Humanos: toda vuestra vida es un fraude atroz que vosotros mismos tramáis para vuestro daño, y solamente los demonios pueden reír fríamente de vuestra carrera hacia el espejo que huye!"

Un nuevo expreso, pitando y tronando, entró en la estación y una vez más los viajeros huyeron y el maquinista se enjugó la frente con aire poco satisfecho. El Hombre que no conozco estaba siempre ante mí —de sobretodo, con dos violetas en el ojal—, aunque lo hubiese olvidado del todo.

—He aquí —le dije— mis ideas sobre el progreso, sobre el porvenir y sobre la vida. Ciertamente, usted no está de acuerdo conmigo pero yo estoy de acuerdo con alguien; por ejemplo, con la niebla que a menudo intenta cubrir el mundo y esconder el hombre al hombre, la miseria al desprecio, la fealdad a la melancolía. Y yo amo muchísimo, señor Hombre, los trenes que se detienen tras las inútiles fugas y la niebla que vela lo que no se puede destruir.

El hombre que no conozco se había vuelto nervioso y todo su entusiasmo había desaparecido como un hilo de humo. En vez de responder, se quitó del ojal una de sus violetas y me la ofreció. Yo la tomé con una inclinación, la acerqué a la nariz y su leve perfume me gustó.

El día no restituido

Conozco muchas viejas y hermosas princesas, pero solamente a aquellas que son tan pobres que apenas tienen una pequeña mucama vestida de negro y que están reducidas a vivir en alguna degradada villa toscana, una de esas escondidas villas donde dos cipreses polvorientos montan guardia junto a un portal de rejas murado.

Si encontráis alguna en el salón de una condesa viuda y fuera de moda llamadla Alteza y habladle en francés, ese francés internacional, clásico, incoloro que podéis aprender en los *Contes Moraux* del abate Marmontel; el francés, en fin, de las *gens de qualité*. Mis princesas responderán casi siempre y luego que hayáis penetrado en sus pobres almas —pequeñas y llenas de polvo y de quincallería, como oratorios de fines del siglo XVII—, os daréis cuenta de que la vida puede ser aceptada y que nuestra madre no ha sido tan necia como parecía poniéndonos en el mundo.

¡Qué secretos extraordinarios me han susurrado mis hermosas y viejas princesas! Ellas adoran los polvos faciales pero quizás todavía más la conversación y, aunque todas sean alemanas —una sola es rusa, pero por azar—, su delicioso francés *ancien régime* algunas veces me regala emociones de ningún modo ordinarias, y en ciertos momentos mi corazón se conmueve y siento casi ganas —lo confieso— de llorar como un estúpido enamorado.

Una noche, no demasiado tarde, en el salón de una villa toscana, sentado sobre un sillón de estilo Imperio ante la mesa donde me habían ofrecido un té excesivamente aguado, yo callaba junto a la más vieja y la más bella de mis princesas.

Vestida de negro, su rostro estaba rodeado de un velo negro y sus cabellos, que yo sabía blancos y siempre algo rizados, se hallaban cubiertos por un sombrero negro. Parecía que a su alrededor flotase como una aureola de oscuridad.

Esto me agradaba y me esforzaba en creer que aquella mujer fuera solamente una aparición provocada por mi voluntad. El hecho no era difícil porque la habitación se hallaba casi en tinieblas y la única vela encendida iluminaba únicamente y débilmente su rostro empolvado. Todo el resto se confundía con la oscuridad de modo que yo podía creer que tenía ante mí solamente a una cabeza pensil, una cabeza separada del cuerpo y suspendida cerca de mí a un metro del pavimento.

Pero la Princesa comenzó a hablar y toda otra fantasía era imposible en ese momento.

—*Ecoutez donc, monsieur* —me decía— *ce qui m'arriva il y a quarante ans, quand j'étais encore assez jeune pour avoir le droit de paraître folle*[1].

Y continuó con su grácil voz narrándome una de sus innumerables historias de amor: un general francés se había dedicado a ser actor por amor a ella y había sido asesinado de noche por un payaso borracho.

Pero ya conocía yo ese estilo suyo de imaginación y quería otra cosa mucho más extraña, más lejana, más inverosímil. La Princesa quiso ser gentil hasta el final:

—Me obliga usted —dijo— a narrarle el último secreto que me queda y que ha permanecido siempre secreto, justamente porque es más inverosímil que todos los otros. Pero sé que debo morir dentro de algunos meses, antes de que termine el invierno, y no estoy segura de hallar otro hombre que se interese como usted por las cosas absurdas…

"Este secreto mío empezó cuando tenía veintidós años. En esa época yo era la más graciosa princesa

de Viena y todavía no había matado a mi primer marido. Esto ocurrió dos años más tarde, cuando me enamoré de… Pero usted ya conoce la historia. *Passons!* Sucedió, pues, que cuando llegaba al término de mis veintiún años recibí la visita de un viejo señor, condecorado y afeitado, quien me solicitó una breve entrevista secreta. No bien estuvimos solos, me dijo: 'Tengo una hija que amo inmensamente y que está muy enferma. Tengo necesidad de volverla a la vida y a la salud y para ello estoy buscando años juveniles para comprar o tomar en préstamo. Si usted quisiera darme uno de sus años se lo devolveré poco a poco, día a día, antes de que termine su vida. Cuando haya cumplido los veintidós años, en vez de pasar al vigésimo tercero usted envejecerá un año y entrará en el vigésimo cuarto. Es usted todavía muy joven y casi ni se dará cuenta del salto, pero yo le devolveré hasta el último de los trescientos sesenta y cinco días, de a dos o tres por vez, y cuando sea vieja podrá recuperar a su voluntad las horas de auténtica juventud, con imprevistos retornos de salud y de belleza. No crea usted que habla con un bromista o con un demonio. Soy simplemente un pobre padre que ha rogado tanto al Señor que le ha sido concedido hacer lo que para los demás es imposible. Con gran trabajo he cosechado ya tres años pero tengo necesidad de tener todavía muchos más. ¡Deme uno de los suyos y no se arrepentirá nunca!

"En esa época estaba habituada ya a las aventuras curiosas y en el mundo en que vivía nada era considerado imposible. Por lo tanto, consentí en realizar el singular préstamo y pocos días después envejecí un año más. Casi nadie se dio cuenta y hasta los cuarenta años viví alegremente mi vida sin acudir al año que había dado en depósito y que debía serme restituido.

"El viejo señor me había dejado su dirección junto con el contrato y me solicitó que le avisara por lo menos un mes antes acerca del día o la semana en que yo deseara disfrutar de la juventud, prometiéndome que recibiría lo que pidiese en el momento fijado.

"Después de cumplir mis cuarenta años, cuando mi belleza estaba por ajarse, me retiré a uno de los pocos castillos que le habían quedado a mi familia y no fui a Viena más que dos o tres veces por año. Escribía con la debida anticipación a mi deudor y luego participaba de los bailes de la Corte, en los salones de la capital, joven y hermosa como debía ser a los veintitrés años, maravillando a todos los que habían conocido a mi belleza en decadencia. ¡Qué curiosas eran las vigilias de mis reapariciones! La noche anterior me adormecía cansada y *fanée* como siempre y por la mañana me levantaba alegre y ligera como un pájaro que hubiese aprendido a volar hacía poco, y corría a mirarme en el espejo. Las arrugas habían desaparecido, mi cuerpo estaba fresco y suave, los cabellos habían vuelto a ser totalmente rubios y los labios eran rojos, tan rojos que yo misma los habría besado con furor. En Viena los galanteadores se apiñaban a mi alrededor, gritaban maravillas, me acusaban de hechicería y, en el fondo, no entendían nada. Poco antes de vencer el período de juventud que había solicitado, subía a mi carroza y volvía furiosa al castillo, en donde rehusaba recibir a nadie. Una vez un joven conde bohemio que se había enamorado terriblemente de mí durante una de mis visitas a Viena logró entrar, no sé cómo, a mi departamento y estuvo a punto de morir del estupor al ver cuánto me parecía a su adorada pero también cuánto más fea y más vieja era que aquella que lo había embriagado en las calles de Viena.

"Nadie, desde entonces, logró forzar mi voluntaria clausura, interrumpida sólo por la extraña alegría y la profunda melancolía de las raras pausas de juventud en el curso lamentable de mi continua decadencia. ¿Puede imaginarse aquella fantástica vida de largos meses de vejez solitaria separados

cada tanto por los fuegos fugitivos de unos pocos días de belleza y de pasión?
”Al principio esos trescientos sesenta y cinco días me parecían inagotables y no imaginaba que pudieran terminar alguna vez. Por eso fui demasiado pródiga con mi reserva y escribí muy a menudo al misterioso Deudor de Vida. Pero éste es un hombre terriblemente exacto. Una vez fui a su casa y vi sus libros de cuentas. Yo no soy la única con la que hizo contratos de ese género y sé que contabiliza muy cuidadosamente la disminución de sus entregas. Vi también a su hija: una palidísima mujer sentada sobre una terraza llena de flores.
”Nunca he podido saber de dónde saca la vida que restituye tan puntualmente, en cuotas de días, pero tengo motivos para creerme que recurre a *nuevas deudas*. ¿Cuáles serán las mujeres que le han dado los días que me restituye a mí? Quisiera conocer a algunas de ellas pero por más que le haya hecho hábiles preguntas muy a menudo, nunca he tenido la suerte de descubrirlas. *Mais, peut être, elles ne seraient pas si étranges que je crois…*
”De todos modos ese hombre es extraordinariamente interesante, lo que no le impide hacer bien sus cuentas. Usted no puede imaginar qué espantosa se volvió mi vida cuando me anunció, con la calma de un banquero, que no quedaban a mi disposición sino once días solamente. Durante todo ese año no le escribí y por un momento tuve la tentación de regalárselos y de no atormentarme más. ¿Comprende usted la razón, no es cierto? Cada vez que yo me volvía joven, el momento del despertar era siempre más doloroso porque la diferencia entre mi estado normal y mis veintitrés años se hacía, con la edad, mucho más grande.
”Por otra parte, era imposible resistir. ¿Cómo puede usted pensar que una pobre vieja solitaria rechace cada tanto una jomada o dos o tres de belleza y de amor, de gracia y de alegría? ¡Ser amada por un día, deseada por una hora, feliz por un momento! *Vous êtes trop jeune pour comprendre tout mon ravissement!*
”Pero los días están por acabarse; mi crédito va a concluir por la eternidad. Piense: *¡me queda solamente un día para disfrutar!* Después, seré definitivamente vieja y estaré consagrada a la muerte. ¡Un día de luz y luego la oscuridad para siempre! Medite bien, se lo ruego, en la imprevista tragedia de mi vida. Antes de solicitar este día…
”¿Pero cuándo lo pediré? ¿Qué haré con él? Hace tres años que no vuelvo a ser joven y en Viena casi nadie me recuerda ya y toda mi belleza parecería espectral. Y sin embargo, siento necesidad de un amante, un amante sin escrúpulos y lleno de fuego. Tengo necesidad de que todo mi cuerpo sea acariciado una vez más. Esta cara rugosa se volverá de nuevo fresca y rosada y mis labios darán, por la vez última, la voluptuosidad. ¡Pobres labios, blancos y agrietados! ¡Todavía quieren ser por un día más rojos y cálidos, por un solo día, para un último amante, para una última boca!
“Pero no llego a decidirme. No tengo el valor para gastar la última monedita de verdadera vida que me queda y no sé cómo hacerlo y tengo un loco deseo de gastarla…”
¡Pobre y querida Princesa! Unos momentos antes había levantado su velo y las lágrimas abrieron surcos sutiles en el polvo del rostro.
En ese momento, los sollozos, aunque aristocráticamente contenidos, le impidieron continuar. Experimenté entonces un gran deseo de consolar a todo costo a la deliciosa vieja y caí a sus pies —al pie de una princesa arrugada y vestida de negro—, y le dije que la hubiera amado más que cualquier caballero loco y le rogué, con las más dulces palabras, que me concediera a mí, a mí solo,

el último día de su bella juventud.
No recuerdo precisamente todo lo que le dije, pero mi actitud y mis palabras la conmovieron profundamente y me prometió, con algunas frases algo teatrales, que sería su último amante, durante un solo día, dentro de un mes. Me dio una cita para cierta fecha en la misma villa y me despedí muy perturbado, luego de haberle besado las magras y blancas manos.
Mientras regresaba a la ciudad, ya de noche, la luna no totalmente llena me miraba insistentemente con aire piadoso, pero pensaba demasiado en la bella Princesa para tomarla en serio. Ese mes fue muy largo, el mes más largo de mi vida. Había prometido a mi futura amante que no la volvería a ver hasta el día fijado y mantuve mi galante compromiso. A pesar de todo, el día llegó y fue el más largo de aquel larguísimo mes. Pero llegó también la noche y luego de haberme elegantemente vestido fui hacia la villa con el corazón estremecido y el paso inseguro.
Vi desde lejos las ventanas iluminadas como no las había visto nunca y al acercarme hallé la puerta de hierro abierta y el balcón lleno de flores. Entré en la residencia y fui introducido en un salón donde ardían todas las antorchas de dos fantásticas arañas.
Me dijeron que esperara y esperé. Nadie venía. Toda la casa estaba silenciosa. Las luces ardían y las flores perfumaban para la soledad. Después de una hora de agitada expectativa, no pude contenerme y pasé al comedor. Sobre la mesa estaban preparados dos cubiertos y flores y frutas en gran cantidad.
Pasé a un pequeño salón, suavemente iluminado y desierto. Finalmente llegué a una puerta que yo sabía era la del dormitorio de la Princesa. Di dos o tres golpes, pero no tuve respuesta. Entonces me hice de coraje pensando que un amante puede olvidar la etiqueta y abrí la puerta, deteniéndome en el umbral.
La habitación estaba llena de suntuosos vestidos tirados por todas partes como en el furor de un saqueo. Cuatro candelabros esparcían alrededor una luz alegre. La Princesa estaba echada en un sillón frente al espejo, ataviada con uno de los más espléndidos vestidos que yo jamás viera.
La llamé y no contestó.
Me acerqué, la toqué y no hizo el menor movimiento. Me di cuenta entonces que su rostro estaba como siempre lo había visto, pequeño y blanco y algo más triste que de costumbre y un poco asustado. Posé una mano sobre su boca y no sentí respiración alguna; la coloqué sobre su pecho y no sentí ningún latido.
La pobre Princesa estaba muerta; había muerto dulcemente de improviso mientras acechaba ante el espejo el retomo de su belleza.
Una carta que hallé en el piso, junto a ella, me explicó el misterio de su inesperado fin.
Contenía unas pocas líneas de escritura vertical y marcial, y decía:
“Gentil Princesa:
Me duele sinceramente no poder restituiros el último día de juventud que os debo. No logro ya encontrar mujeres lo suficientemente inteligentes para creer en mi increíble promesa y mi hija se halla en peligro.
Realizaré todavía nuevas tentativas y os comunicaré los resultados, porque es mi más vivo deseo satisfaceros hasta lo último.
Consideradme, ilustre Princesa,
vuestro devotísimo…”

GIOVANNI PAPINI (Florencia, 1881 - 1956) Escritor y poeta italiano. Fue uno de los animadores más activos de la renovación cultural y literaria que se produjo en su país a principios del siglo XX, destacando por su desenvoltura a la hora de abordar argumentos de crítica literaria y de filosofía, de religión y de política.

Notas

[1] En francés en el original: “Escuche, pues, señor, lo que me ocurrió hace cuarenta años, cuando yo era todavía demasiado joven para tener el derecho de parecer loca.” <<